

40 Céntimos

# BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

— No puedo estar en el salón sin bailar, y es que chica, para mí el camello es una tentación enorme...  
— ¡Toma, y para mí también!

Dib. BRADLEY. — Madrid.



# CREMA RECONSTITUYENTE

# LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO  
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,  
CON PROPIEDADES MARA-  
VILLOSAMENTE CURATIVAS  
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO  
URQUIOLA. — MAYOR, 1. — MADRID

## EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro Concurso permanente.

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente al pie de cada cuartilla, **nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

*Una señora, ante la probable asistencia de unos invitados a su casa, recomienda a la muchacha que se lave bien las manos para cuando vengán; a lo que la chica contesta:*

— ¿Y si después de lavármelas no vienesen?

LUIS DAGÁS. — Madrid.

— ¿En qué se parece un cepillo de los dientes a la Castellana?

— En que es p'aseo de las personas.

MANUEL GARCÍA REYES. — Madrid.

*En la taberna.*

Un borracho entra en una taberna y pregunta al chico de la misma:

— Oye, mu... chacho, ¿a cómo dais esas... torrijas?

— A quince céntimos.

— Bueno..., pues... sírveme una..., y medio chico... tinto.

El beodo, después de comerse la torrija y beberse el vino, se dirige hacia la puerta tambaleándose. y el dependiente, al ver que se marcha sin pagar, le detiene y le dice:

— Oiga usted, buen amigo, ¿y el real?

— ¡Qué bobo!... ¿No sabes que está... en la plaza... de Oriente?

ENRIQUE SORIA.

*De actualidad.*

— ¿Qué te ha parecido el partido de foot-ball del domingo?

— Chico, los del Madrid jugaron muy sucio.

— ¿Sí?... ¿Cómo fué eso?

— Estuvieron toda la tarde llenos de barro.

E. C. — Madrid.

*Los negocios son los negocios.*

EL NIÑO. — Papá, ¿qué cartelito te toca ponerte hoy?

EL PADRE. — El de mudo.

MASTO. — Madrid.

*Para matarle.*

— ¿Sabes qué mujer es la que comete más desatinos, o, por lo menos, a la que más se le achacan?

— ¿...?

— La Inés Periencia.

EMILIO ALONSO. — Madrid.

— ¿Qué diría un sastre que el día que se establece se le prende fuego el taller, y se le quema, entre otras ropas, un frac?

— ¿...?

— Pues que ha frac...-asado.

MARIO CARRASCO. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **T. Kolaste, de Pola de Siero (Oviedo)**.

Ayuntamiento de Madrid



# SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

## CUPÓN

correspondiente al número 72  
de

## BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo  
trabajo que se nos remita para  
el Concurso permanente de  
chistes o como colaboración  
espontánea.

12. — De la superficie esférica.

### HIDRÓGENO

#### EMPLEO HABITUAL

13. — Charada de casa de huéspedes.

— ¿Qué te ha parecido lo de *prima-cuarta*?

— Una tontería. Tener un novio que  
*tercia prima-tercia* el dinero, es la  
gran sandez.

— Pues eso es lo que ha hecho Ma-  
nolito. Después que la ha sacado la  
*pasta*, se *dos-cuarta* con una prójima...

— Y ¿quién es ella?

— Pues su *todo*.

14. — El que tira el "pego".

### E — A — I — N — V — E

### SEDIMENTO

15. — Constelación.

### PRONOMBRE

### PERDIGUERO

## CUPÓN NÚM. 3

que deberá acompañar a toda  
solución que se nos remita con  
destino a nuestro CONCUR-  
SO DE PASATIEMPOS del  
mes de abril.



### AMORES TRISTES

Dib. ELIAS. — Madrid.

EL MOTORISTA. — *Y es que Margarita tiene el corazón como una piedra.*  
EL DEL SOPORTE. — *Pues ten cuidado, que ahí está el corazón de Margarita.*

16. — Poeta latino.

## RECLUTA

## LAS TRES

1010

## ENDEBLE

Para las condiciones de  
este Concurso, véase  
nuestro número 70.

17. — Aflicción.

1 8 6 9

MURCIANO

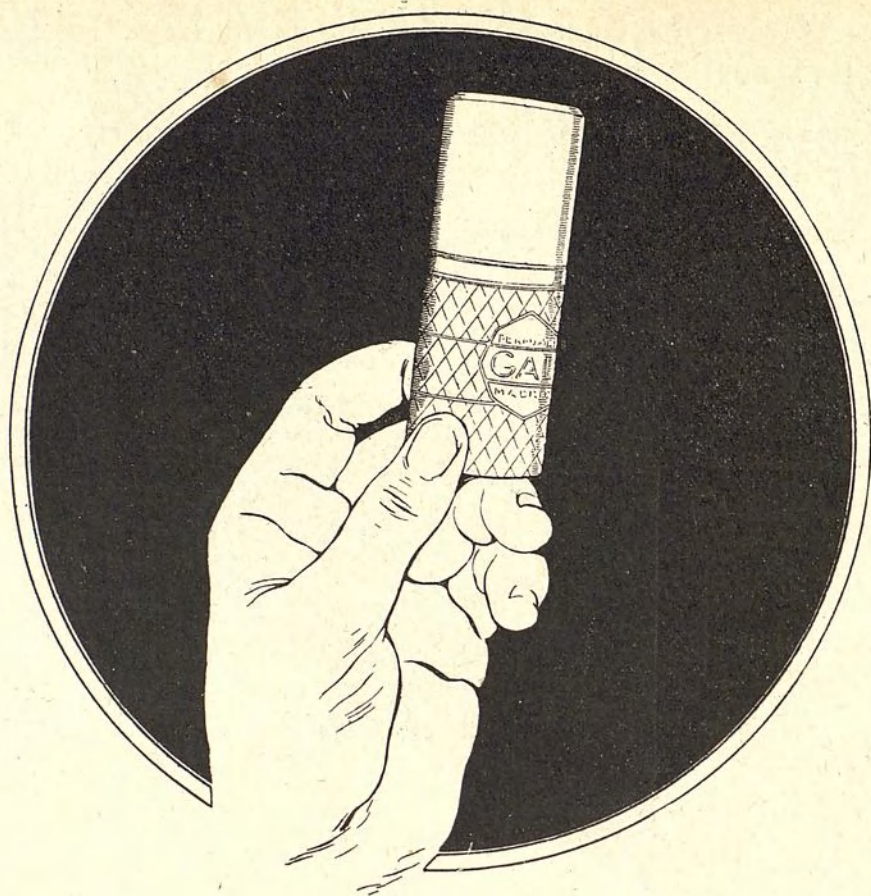
GENERAL

18. — Sin ser pollo "bien"..., es goma.

El perro de Gutié-  
rrez, sin levantar ca-  
beza, engulle cuanto  
le arrojan después  
de la cacería.

T. O.





Jabónese bien y se afeitará bien.

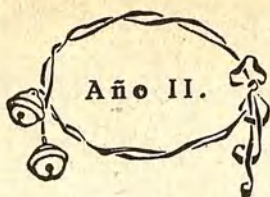
## EL JABÓN GAL para la barba

forma en el acto espuma abundantísima que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso suave de la hoja.

Por ser neutro no irrita la epidermis.

BARRA 1.50 EN TODA ESPAÑA

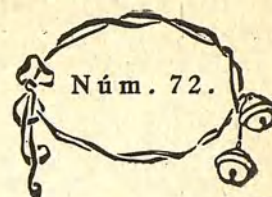




# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

Madrid, 15 de abril de 1923.



## RELATOS MARAVILLOSOS

(TRADUCIDOS DEL NORTEAMERICANO)



### EL CAMARERO LOCO

**L**OCKFORD era un camarero de un bar instalado en Búffalo.

Servicial, sonriente, un poco barrigudo y enamorado de todos los deportes, entre ellos el *football*, la aviación, la natación y la caza de pulgas en automóvil, vivía feliz sirviendo cerveza, café, *whiskey*, coñac, chinchón, etc., en el precitado bar del referido Búffalo.

En cuanto oía una palmada, ya estaba al lado de la mesa diciendo *¿Qué va a ser?*, o disponiéndose a cobrar el importe de *lo que ya había sido...*

No se dió jamás el caso de que hiciera falta palmotear dos veces para que aquel buenísimo mozo acudiese al sitio de la ocurrencia.

Pero el mundo está lleno de catástrofes, y la prohibición de pimplar alcohol en los Estados Unidos causó la ruina del bar y la cesantía del camarero. Lockford lloró dos días y dos noches e inundó su alcoba hasta tal punto que la cama podía moverse a remo, aunque en una alcoba hubiese sido más lógico moverla con una vela... Lockford, después de llorar, soñó con aquellas palmadas que eran su dicha y cuyo suave rumor ya no volvería a oír más... Y Lockford, después de llorar y de soñar, calculó que había que ganarse la vida de alguna manera.

Y ¿cómo dirán ustedes que se la ganó?

Pues de un modo sencillísimo: Lockford había tenido siempre ciertas aficiones literarias, hasta tal extremo que conservaba en su casa una traducción *al yanqui* de todos los discursos de Maura, hecha por él, en veinte volúmenes y con un peso *bruto* de unas ocho toneladas. Pues bien:

Lockford pensó hacerse autor dramático, y como lo pensó lo llevó a cabo. A los quince días tenía escrito un drama titulado *La cerveza trágica*, y al mes se dió el gusto de ver anunciado el estreno de su obra en el *Coliseum Linoleum*, de Búffalo.

El éxito del drama fué formidable. El público se tragó *La cerveza* con la misma candidez con que el público español se traga las obras del Sr. Martínez Sierra; pero aquel éxito fué la ruina de Lockford. En el momento más culminante de la representación estalló el entusiasmo del auditorio en un aplauso imponente; pero el pobre Lockford, que no estaba acostumbrado a oír más de dos

o tres palmadas a la vez, sufrió un estremecimiento al escuchar seis mil de un golpe.

Precipitose al escenario diciendo «¡*Vaal!*» con toda la fuerza de sus pulmones; pero al contemplar aquella inmensa muchedumbre palmoteando furiosamente, y al calcular que le era imposible servirlos a todos a un mismo tiempo, lanzó una carcajada y perdió la razón.

A los tres días falleció y al cuarto era llevado al cementerio. Y como era soltero y había sido virtuosísimo, fué enterrado con *palmas...*, que, después de todo, es como se debía enterrar a todos los camareros...

### LA HORA DE LOS ASESINOS

Mister Thomas Young era registrador de la propiedad en una villa cercana a Baltimore. (No digo el nombre de la villa porque me han rogado el secreto más absoluto, y yo soy discretísimo de nacimiento.)

Tenía Thomas fama de rico, pues ya saben ustedes que en los Estados Unidos, para que digan *¡este es un pobre!*, necesitan verle a uno tocando la guitarra en una esquina; y como mister Young no la tocaba ni pedía una perra para ayuda de un panecillo, ¡pues, velay!... Verdad es que si no pedía la perra, tampoco la daba; pero esto mismo acrecentó más las sospechas de que era millonario, porque un millonario que no es avaro no tiene explicación para los yanquis..., ni para los españoles tampoco.

Nuestro registrador de la propiedad era, además de millonario, gallina; y tal era su cobardía, que su distinguida esposa se separó de él, fundando su demanda de divorcio en dos extremos importantes: el primero, que no quería vivir con un hombre que era



Dib. SILENO. — Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



registrador a todas horas, y el segundo, que hacía una semana que a Thomas no le daba la gana de dormir con su mujer, y en cambio dormía con una pistola cargada..., aunque no tan cargada como estaba la señora Young cuando se fué a ver al juez.

El divorcio, tramitado por el abogado Singer, fué coser y cantar; y poco tiempo después Thomas se encontraba completamente solo en su casa, porque hasta los criados dimitieron aburridos de servirle por una mísera retribución y con la obligación de no admitir propinas de las visitas y de ayunar todos los viernes por la mañana..., y por la tarde..., y por la noche...

Al verse solo mister Thomas echó sus cálculos, y no pudo por menos que bailar una polca consigo mismo, de la alegría que le dió el descubrir que se ahorrra dos dólares diarios de alimentación con la marcha de su mujer y de sus seguros servidores, que no le estrecharon la mano porque ya hemos dicho que se fueron enfadados.

Thomas tuvo que ir a la compra, hacerse el cocido, fregarse los suelos y abrir la puerta a sus visitantes; pero todo lo hacía con gusto viendo que sus ahorros subían como la espuma. Se desayunaba con un alcaparrón, comía con la yema de un huevo y cenaba con la clara, que, aunque parecía cosa algo pecaminosa, no es lo mismo que si hubiese cenado con la Pepa o con la Filome-

na. Su único lujo era un vaso de leche que se atizaba después de acostarse, para lo cual lo dejaba previamente sobre la mesilla de noche. Hay quien asegura que esto lo hacía de miedo que era, pues de esa manera, a las altas horas de la noche, en vez de estar solo, estaba con leche.

Todo esto acabó como tenía que acabar: de una manera trágica. Una noche se desencadenó una tormenta espantosa, cuando hacía veinte minutos que Young estaba roncando. Thomas despertó, y al oír los truenos, como era hombre religioso, supuso que rezando se calmaría la tormenta, y empezó a rezar, cosa que siempre hacía con gusto porque no costaba dinero. Allí arriba no debieron de hacerle gran caso, porque la tempestad redobló su furia, al mismo tiempo que él empezó a temblar. Esto era muy lógico, pues cuando no hay que temblar es cuando el cielo está sin nubes y azul está la mar; pero cuando no pasa eso, es naturalísimo que uno tiemble la mar. Aumentó el terror de mister Young al oír un ruido poco simpático en la cerradura de su despacho. ¡Eran ladrones!... ¡Asesinos tal vez!... Thomas no contuvo la respiración, porque se habría muerto asfixiado, pero procuró respirar sin ruido, anonadado por el el espanto. Y era tal su pavor, que le hubieran casteñeteado los dientes, si no hubiese tenido la dentadura en la mesa de noche.

A los pocos momentos oyó el ruido de los cajones de su mesa, y también se le habrían erizado los cabellos, a no haber tenido el bisoné en el mismo sitio que la dentadura postiza. Después oyó cómo se abrían los cajones de su secreter, de un vargueño y de un *bureau* americano. Loco de miedo, tuvo tiempo, sin embargo, para preguntarse a sí mismo si era él el registrador de la propiedad de la población, o si los registradores de la propiedad eran los sujetos que le estaban poniendo patas arriba todo el mobiliario. Pero suspendió su razonamiento al oír un chirrido metálico en su caja de caudales que le heló de terror.

— ¡Si abren la caja, me matan! — exclamó.

Y era lógica su exclamación, porque en los robos, el asesinato es irremediable cuando hay caja de caudales por en medio.

Mister Young no se equivocaba. La caja fué abierta violentamente y con horrible estrépito, y tres minutos después su dueño yacía al pie de la cama, vilmente asesinado, y sin pies ni cabeza, como las comedias de Paso.

Los asesinos le habían hecho trizas, porque en la caja de caudales no había ni una perra gorda.

¡Descanse en paz!

ERNESTO POLO

(Se continuará cuando se pueda.)

## Algunas de las obras que más han llamado la atención en la inauguración de la "Freie Secession" de Berlín.



*El hombre, la bestia y la Naturaleza*, por H. Campondenk.



*Los tres*, cuadro de María Davringhause.

Ayuntamiento de Madrid



*La danzarina*, estatua en bronce, por Kolbe.





- Oye, ¿qué le pasa a padre?  
 — Que se ha tragado una perra gorda, y el médico escucha.  
 — Pues que se trague otra luego y me deje a mí escuchar, ¿sabes?, que quiero oír La montería.

Dib. K-Hito. — Madrid.

## CUENTECILLOS DE MI TIERRA COLA DE LEÓN



PEPE Lorente, un aspirante a escritor, hijo de Sevilla y vecino de Madrid, es de lo más embustero que ha criado el Divino Hacedor, y de lo más sabido por cuantos amigos le tratan.

No hemos de negar que es simpático, dicharachero, amable hasta la exageración, ingenioso a veces, trabajador; pero en punto a mentir, le da tres y raya al famoso *Farolero* del Perchel, que no podía dormir tranquilo si no había echado tres docenas de embustes gordos cada día.

Lorente disfrutaba una buena posición, pues su padre es dueño de uno de los hoteles más acreditados de la villa y corte, tiene finquitas en Ultrera, y da

dinero sobre hipotecas, con un interés del quince por ciento.

Tuvo monomanía por los viajes, y como es el ojo derecho de sus padres, estuvo en París, en Bruselas, en Lisboa y en otras poblaciones importantes de Europa, gastando buenos billetes de mil pesetas y logrando una relativa erudición. Decimos relativa, porque no es hombre que lee ningún libro histórico ni científico, aprendiendo sólo lo que ve y oye.

Al estallar en 1921 la guerra de África, tras los episodios de julio, de los que cada día nos vamos dando mejor y triste cuenta, Pepe se sintió patriota, se escapó de su casa y sentó plaza de legionario con otro amigo suyo.

Aseguran sus jefes que no se portó

mal, y allí estuvo algunos meses batiéndose con los moros, pasando privaciones y siendo un soldado obediente y arrojado, hasta que una pícara bala le atravesó una pierna, dejándole inútil para el servicio militar.

Regresó a la corte, y eran de oír las proezas que contaba, pues ni Rolando, ni el Cid Campeador, ni el héroe de Cascorro podrían compararse con sus valentías ni con la fama que dejó en el campo rifeño.

Hace pocas tardes estuve tomando un refresco con él en el café de Levante, y me habló del notable museo de curiosidades africanas. Me invitó a verlo, y aunque trate de excusarme por tener que ir a visitar a cierto editor que me debía unas pesetas, insistió tanto, se



puso tan pesado, que no hubo otro remedio que acompañarle a su confortable piso de la calle de Mariana Pineda.

Era una amplia habitación con lujo y buen gusto decorada.

Sobre varias mesas estaban los objetos que constituían el museo, ostentando cada uno de ellos una tarjeta, que indicaba su procedencia y su importancia.

Pepe tomó la palabra, y casi no me dejaba hablar.

— Este fusil perteneció al jefe de una cabila que en una de las acciones en que yo estuve mató a seis legionarios, pues era un hombre de una puntería admirable; pero al cabo un sargento de mi compañía le alojó una bala en el corazón y quedó muerto. Este turbante era el que usaba casi siempre el sultán Muley-el-Abbas, tan famoso en la guerra del año 60. Me lo regaló el mismo jalifa, con quien yo tuve íntima amistad.

«Repara, chico, este collar de cuentas de todos colores. Tú crearás que es de una mora cualquiera, ¿verdad? Pues es nada menos que de una de las mujeres del harén del príncipe Sidi-Mahomed-el-Algarvi, a la que conocí en Tetuán y se enamoró de mí locamente. Al separarnos me lo entregó como recuerdo de cariño eterno.

Se adelantó un poco, y cogiendo una gumiá, con puño de metal artísticamente labrada, exclamó:

— ¡Fíjate! ¡Fíjate! Esta gumiá era la que usaba a diario el mismo Abd-el-Krim. Al enterarse que una vez perdoné la vida a seis moros que aprisioné en uno de los aduares de la montaña, y a quienes mis compañeros querían degollar, me la envió con un esclavo suyo para que la conservase siempre en mi poder.

Procuré disimular la risa, y en esto veo que me enseña una cosa, que en verdad no conocí lo que era.

— ¿No sabes lo que es esto? — me preguntó.

— Francamente, no lo sé.

— Es la cola de un león.

— ¡Aprieta!

— La cola de un león tan grande como la catedral de Sevilla o poco menos, del que me apoderé cierta tarde que fuimos de cacería.

No me contuve y dije:

— Perdona mi estrafañeza, pero no sabía que hubiese leones en las cercanías de Tetuán, ni en los contornos de Melilla.

Pepe comprendió que se había colado.

— Es que unos cuantos legionarios fuimos a cazar al desierto de Sahara. Allí fué donde una mañana me hallé frente a frente con la fiera.

— Y ¿cómo no te trajiste la cabeza y te has contentado con la cola?

— Pues verás: seguramente otro cazador debió llegar antes que yo, y le cortó la cabeza; así es que sólo pude recoger la cola.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR



Dib. CHESKA. — Madrid.

EL AVESTRUZ. — ¡Qué sorpresa!... ¿No estabas condenada a horca?

LA JIRAFÁ. — Lo estuve; pero me libré porque en la comarca no hay árboles tan altos.

## Elogio del domingo



H domingol, mal te comprenden los que te acusan de plebeyez, cuando haces el milagro de aristocratizar, bien que un poco humorísticamente, todas las formas y casi todos los espíritus; mal te conocen los que te motejan de anodino, cuando eres variado muestrario semanal de humanas ridiculeces, exposición hebdomaria de grotescas vanidades; cuán equivocados están los que se apartan de ti por considerarte aburrido, sin haber asistido a la extraña procesión que te festeja y honra.

Domingo, que abres como un príncipe cristiano y magnánimo la ergástula de los pobres esclavos de cada seis días, de esos esclavos que durante tu efímero reinado sueñan, ilusos, haber quebrado definitivamente sus cadenas y escapado por siempre de su semanal encierro.

Domingo, eres como lluvia de optimismo, como espita abierta y desbordante de fantasías, de ensueños; día de las vestimentas absurdas y las actitudes increíbles y los tipos únicos, exclusivos, de tu festividad. Domingo, todos, todos te debemos agradecimiento.

El zagalón zafio, porque le permites caminar lento oprimiendo la mano de la rústica sirvienta, casi sin hablarse, pues

lo dice todo la risa estúpida y la mirada oblicua, donde retoza una lujuria plebeya.

El soldado en corro de criadas, que, mientras contemplan asombradas, extáticas, las lanchas siempre viejas del estanque, parecen escuchar de paso el torpe y monótono cantor de los anales pueblerinos o de las gestas épicas del rancho y la fagina.

El hortera, que en tu tarde merienda siete veces, fuma incesantemente, echa piropos a cuanta cruza ante su paso, sigue a tres o cuatro diferentes que «se le timaban», y siente orgulloso toda la prestanda que le comunica su terno flamante, donde la moda no olvidó ninguno de sus más atrevidos detalles...

El comerciante de cierta respetabilidad, que sonríe satisfecho a la prole, casi siempre numerosa, que avanza en vanguardia o marcha despacioso con otro cofrade y amigo arreglando el país y comentando sus negocios, mientras las respectivas esposas caminan delante, lentas y ceremoniosas, con las galas dominicales, hablando de «sus cosas».

Domingo, día galante y voluptuoso para la modista y el estudiante, que en el cine propicio o bajo la fronda acogedora abren la válvula de su amor impaciente, por estar contenido durante seis días en las paseatas por calles alumbradas y concurridas.

Día florido de ilusión para la pobre niña de la clase media, que sueña con tu día porque en él deberá surgir al conjuro de su deseo y atravesarse en su camino, no el príncipe rubio de los cuentos de hadas ni el doncel trovero, pero sí el empleado formal y rendido que la hará su esposa.

Día milagrero que trastorna a las buenas gentes, ya que todos piensan haber conseguido salir, salir y avanzar gran trecho de la escala social a que pertenecían y de la casilla económica en que vegetaban.

Gentes felices que viven los seis días pensando en las truculentas hazañas, en los accidentados amos, en las fortunas inesperadas que les representará el cine, o en el melodrama que habrá de conmoverlas, o en las largas horas del café, donde podrán tomar lo que no acostumbran a conocer de ordinario, o en los paseos concurridos, donde experimentarán la delectación de hacerse admirar por sus galanes atavíos.

Domingo, son injustos los que te denigran; te menosprecian porque no te comprenden. Por los raudales de fantasía y de pasajera felicidad que ofreces a tus creyentes, mereces admiración y respeto. Y los que no forman en tu escolta abigarrada y pintoresca, te deben gratitud también, porque presentas un caudal extraordinario de observación y humorismo en las pobres vanidades, en los gestos locos, en los pergeños absurdos y en las grotescas aspiraciones de los que componen tu cortejo.

Luis MANSO



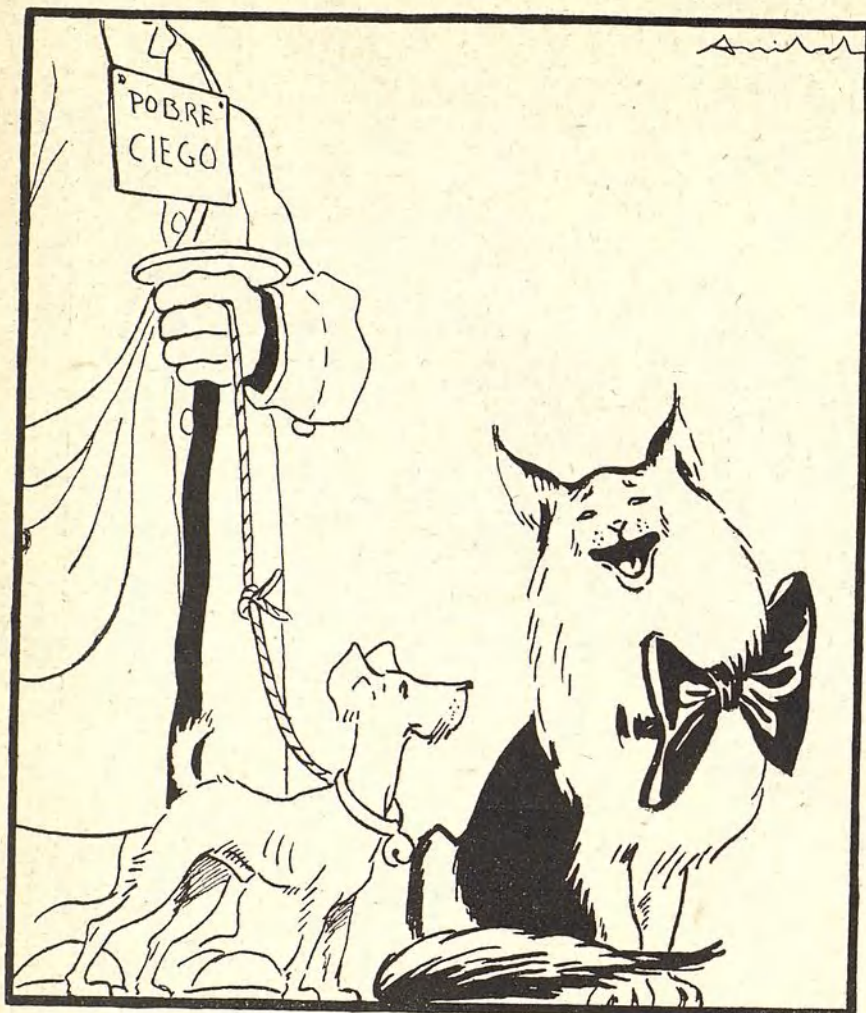


Dib. NUNES. — Cruz Quebrada (Portugal).

— ¡En este momento, señorita,  
me gustaría ser cuadrumano!

Ayuntamiento de Madrid





COINCIDENCIA

Dib. ANÍBAL. — Madrid.

LULÚ. — ¿Qué diría tu amo si te viese haciéndome el amor?

LAZARILLO. — Pues nada. ¡A él también le gustan mucho las perras gordas!...

## ¿TOXICÓMANAS, O TOXICÓFILAS?

### EL OJO FOTOGÉNICO

Ninguno ha sido osado a romper una lanza o a esgrimir su pluma — arma que hoy sustituye a aquélla — contra la feroz y enconada campaña prohibitiva de la coco, morfina, opio..., y la cruel persecución de vendedores y consumidores de tales drogas.

Por el contrario, no considerando suficientes las disposiciones legislativas contra la venta y empleo de dichas sustancias farmacológicas, desátanse sus acérrimos enemigos en crónicas y conferencias, en las cuales crisan el cabello del auditorio relatando menudamente, con verdadera saña, los terroríficos efectos venenosos de tales drogas.

Pocos días ha, en el Ateneo ocupó la

cátedra un sabio doctor, acusando iracundo a aquellos farmacos de producir la epilepsia, la locura, la degeneración y la muerte.

¡Vaya si estuvo terrorífico, al decir de la Prensa, el ilustre doctor! ¡Ni un misionero, cuando describe los horrores del infierno! ¡Y qué draconianas medidas preconizó contra los por él llamados vicios sociales!

Seguramente le sobrarían razones científicas para abominar de tales vicios y condenarlos, aun cuando no incluyera entre ellos al uso, extendido por los modernos *bares*, del *whiskey* y de esas absurdas bebidas exóticas que han desterrado del gusto del paladar español el rico zumo de la uva, que es, además, una de nuestras principales riquezas.

No; no seremos nosotros quienes llevemos la contraria a tal campaña; pero, ¡caramba!, eso de ensañarse con las pobres mujeres llamándolas toxicómanas, locas, degeneradas, solamente por su amor a la coco y a los efectos que en ella se buscan..., ¡no hay derecho!

Seamos razonables. Ellas, ¡pobrecillas!, no son toxicómanas o cocainómanas, sino toxicófilas o cocainófilas, lo cual no es lo mismo, sino todo lo contrario. ¿Por qué?

Porque la moda es la moda. Y la mujer no tiene otro remedio que seguirla. Ellas, primero que nadie. Veámoslo, si no.

El arte cinematográfico, en consorcio — acaso mejor en contubernio — con la ciencia de los tóxicos, ha traído a la vida moderna una nueva y estupenda forma de los ojos femeninos, de la cual no tardarán en apoderarse nuestros actuales literatos, lanzando en sus escritos este último grito de la moda.

Ya no tendrán, para aparecer originales, que retorcer los conceptos y naturalidad de las cosas, llamando a las protagonistas de sus novelas *La de los ojos color de uva*, *La de ojos verdes como la ciruela no madura*, a pesar de que siempre existieron uvas de diversos colores, y varias clases de ciruelas bien maduras de un hermoso color verde.

Ya no será preciso extenderse en diferenciar las pupilas y las niñas de los ojos, que hasta ahora venían siendo una sola y misma cosa para la Academia y para el vulgo.

Ya no hará falta, para hacer resaltar la superioridad de unos ojos azules sobre sus congéneres y sobre los negros, imaginar la existencia de grietas o rendijas en las niñas, para mirar por ellas, o, indistintamente, por las pupilas. ¡Pobre mujer! ¡Qué horrible estaría con tales grietas! ¡Y qué necesitada de oculistas!

No se caerá tampoco en la candidez, al hablar de un albino, de hacer la advertencia de que «tampoco tenía pigmento en las pupilas», porque no es fácil que en unos agujeros se aloje tal sustancia.

Y menos aún se imitará al gran Daudet, adornando, como él en su célebre *Jack*, a un miope de unos lentes de *crisales convexas* — los oculistas siempre los aconsejan *cóncavos* —, con riesgo de que se estrellara contra una pared o le aplastara, en la calle, un camión, como a M. Curie, el inventor del radio.

Todos esos retorcimientos de conceptos, rebuscando la originalidad, pasaron de moda.

El cine y la toxicofilia, combinados, han impuesto, como última moda, *el ojo fotogénico*, que recuerda, en parte, «el ojo trágico», tan bien descrito por un sabio médico al hablar del bocio exoftálmico.

Y bien pronto podremos leer así los títulos de algunas nuevas obras: *Olim-*



pia, la de los ojos fotogénicos; José María, el del ojo trágico. Porque saben bien nuestros escritores que el éxito acompaña siempre a aquel que primeramente logra poner en circulación la última creación de la moda, sobre todo en lo que respecta a la belleza femenina y a los atributos principales de ésta.

Y he aquí, ahora, lo que esas infelices y calumniadas cocainófilas, que no co-cainómanas, buscan en el blanco polvillo de la tan perseguida droga: el que ésta transforme sus vulgares y poco llamativos ojos en unos ojos fotogénicos.

Porque la feérica coco posee la propiedad, la virtud — virtudes se denominan también las propiedades de los

medicamentos — de producir un aumento de la tensión ocular, una dilación de las pupilas, que dan a la mirada y a la fisonomía una singular y atractiva expresión de profundidad, de asombro, de luminosidad, a veces de extravío; expresión que refuerzan el maquillado y la movilidad de los músculos del rostro.

Es decir, que la divina coco convierte los ojos menos expresivos en ojos fotogénicos, atrayentes, seductores, irresistibles en su mirar.

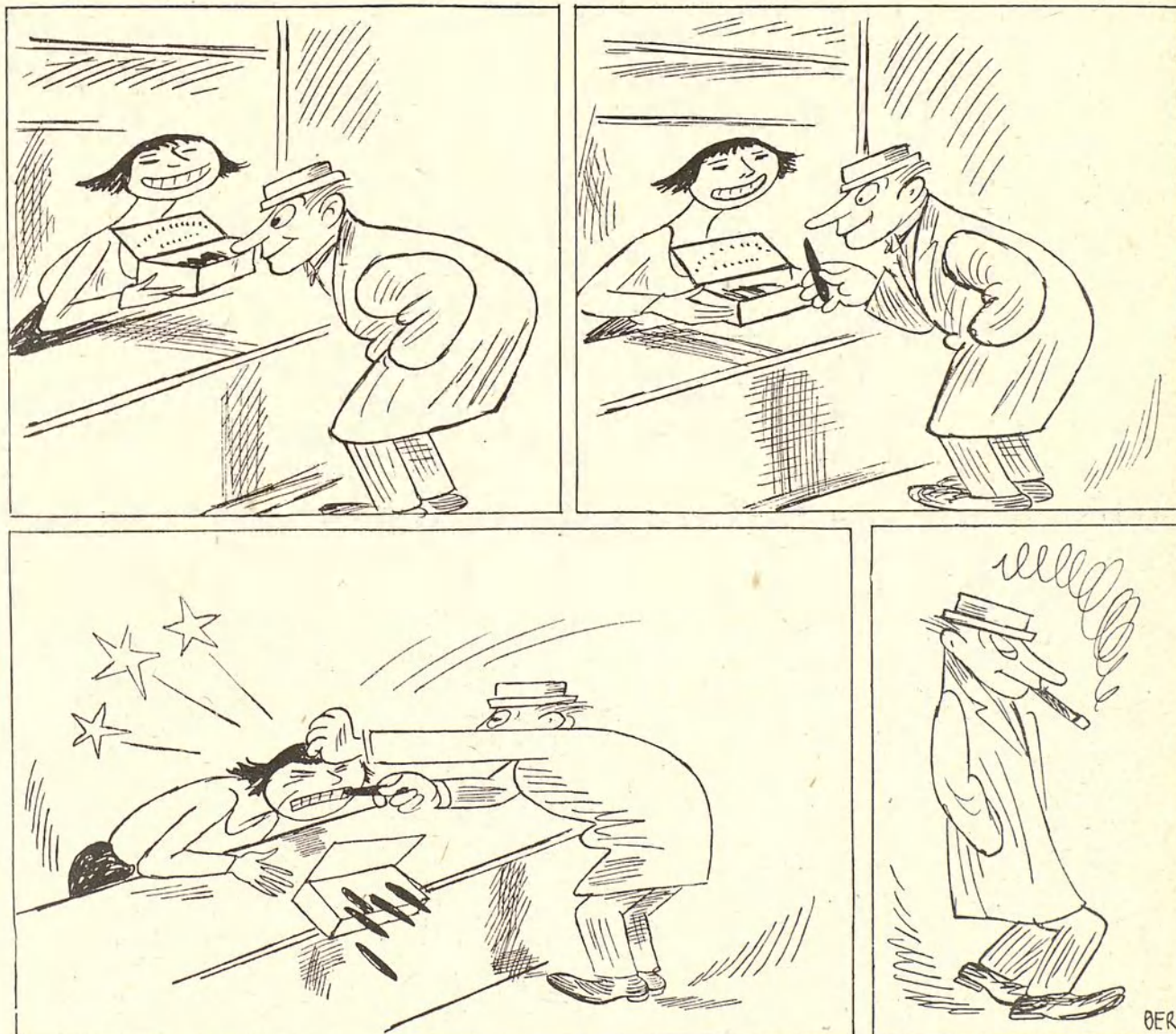
Véase, pues, como las pobres mujeres, no tan locas como se las cree, buscan en la droga el embellecimiento de sus ojos, principal atributo de la hermosura femenina y anzuelos en que suelen

quedar presos los más escamones de la fauna masculina.

¿Que buscando aquella virtud de la coco concluye la pobre fémina por perder su frescura, su belleza, su juventud, y termina por adquirir alguno de aquellos espantosos e incurables males que la Ciencia afirma ser la fatal consecuencia del uso continuado, del abuso de la droga? No podrá negarse, aunque ello sea una desgracia.

Pero ¡sí, sí! ¡Vayan ustedes a poner trabas a la mujer para que deje de adoptar la última moda, lanzada por las más bellas y populares estrellas del cine!

AMUSSANT



EL CORTAPUROS

Dib. BERGSTROM. — Estocolmo.

Nuestro admirable colaborador, el "as" de los caricaturistas suecos, Bergstrom, nos envía desde París una nueva serie de originales. Los lectores de BUEN HUMOR, que ya han podido admirarle en sus obras anteriores, pueden felicitarle de este envío, en que el formidable dibujante conserva su definida y definitiva personalidad.

Ayuntamiento de Madrid



## Cosas que han sucedido o que han podido suceder

## I

Se estrena una especie de obra en un teatro de Madrid, teatro que antes estaba muy concurrido y ahora no. (¡Qué le vamos a hacer!)

La obra no gusta, al parecer, y la grito se oye en Sebastopol, Odessa, Calcuta y Guadalajara.

Pero un solo espectador, en contra de la opinión general, se levanta airado de su butaca y empieza a vociferar como un energúmeno:

— ¡¡Que salga el autor!!!

El público pretende reducir a silencio al disidente; pero él no da su brazo a torcer e insiste:

— ¡¡¡Que salga el autor, he dicho!!!

Por fin, el público suspende sus gritos de protesta un instante, y el espectador puede gritar libremente:

— ¡¡¡¡Que salga el autor, que le voy a partir la cabeza!!!!

## II

Esto que voy a referir ocurrió al día siguiente del estreno de otra obra, pre-

cisamente en el mismo teatro en que se estrenó la anterior. (¡Como verán ustedes es un teatrillo con suerte!)

El autor de la obra se encuentra con un amigo que le da la enhorabuena y luego le pregunta detalles del estreno:

— Y qué, ¿fué grande el éxito? ¿Daré la obra buenas entradas?

— Sólo te diré una cosa: ¡¡que hoy no hay butacas!!

— ¡Caramba!

— ¡Sí, chico! ¡¡Anoche, el público, las ha roto todas!!!

## III

El pianista Rubinstein, que, como saben ustedes, es un fenómeno con los *dátiles*, se hospedó hace tiempo en un hotel de Zurich.

Daba la casualidad de que había un piano en la habitación que le destinaron, y una noche, a las doce y media y sereno, llevado de su loca afición, se puso a ejecutar sonatas, fantasías, sinfonías y *suites* con tal encarnizamiento que alborotó el hotel.

Cuando de pronto llamó a su cuarto un socio en calzoncillos y le increpó con voz estentórea y con expresión casi asesina:

— ¡¡Esto es un escándalo, un abuso

inaudito!! ¡¡Hace tres horas que no puedo dormir!! ¡¡Y, o ese piano miserable se calla, o tenemos un disgusto!!

— Pero ¿es que ha oído usted todo lo que he tocado? — preguntó Rubinstein estupefacto.

— ¡¡Todo, absolutamente todo, señor mío!!

— ¡Pues lo siento muchísimo; pero me tendrá usted que abonar tres mil francos, que es lo que yo cobro por cada concierto!...

## IV

En el teatro de la Scala, de Milán, canta un tenor el *Adiós a la vida* de la ópera *Tosca*.

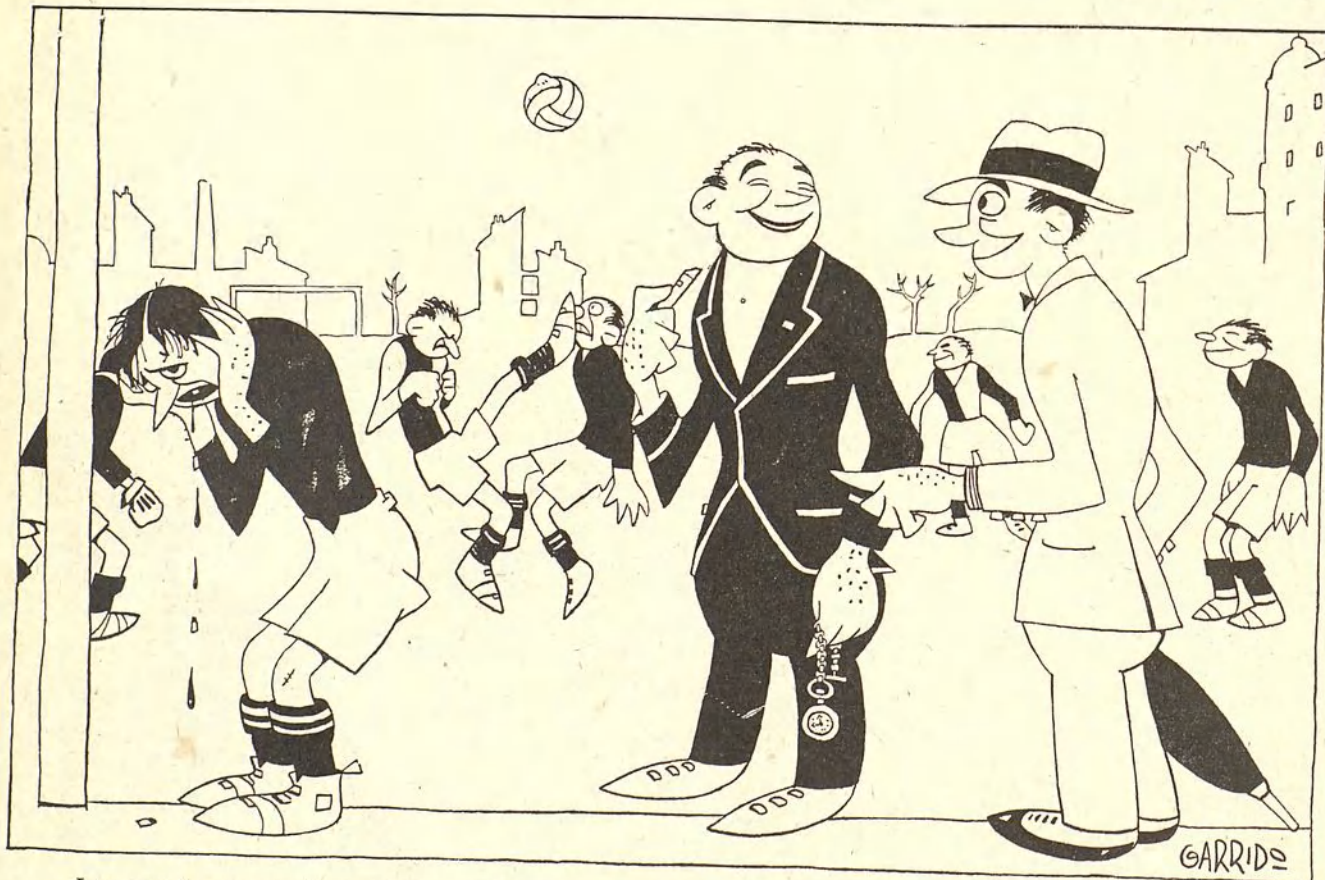
El público, a mitad del número, arma un escándalo fenomenal porque el tenor es más malo que Caín y Casanella juntos. El tenor no se inmuta y sigue lanzando gallos atroces. El público se inmuta menos y sigue gritando, levantando falsos testimonios a su familia y arrojando objetos pesados al escenario.

Al fin el cantante se adelanta al proscenio y dirige la palabra al auditorio:

— ¡¡Si no se callan ustedes, lo vuelvo a cantar otra vez!!!

Y, como por encanto, ni Cristo vuelve a rechistar.

NÉSTOR O. LOPE



— Lo que más me entusiasma del foot-ball, es que, jugando, se siente uno más joven...  
— Y si no, que se lo pregunten a ése, que está echando los dientes.

Ayuntamiento de Madrid

Dib. GARRIDO. — Madrid.



## DESDE PARÍS PROGRAMAS

## EN DEFENSA PROPIA

Me detiene al paso un amigo para decirme:

— ¿Qué le ocurre?... Lo encuentro triste...

Sorprendido, un poco confuso, rechazo la cordialidad espontánea y compasiva de mi camarada.

— Gracias... No tengo nada... Debe ser efecto de la luz...

Nos hallamos en la avenida de los Campos Eliseos, y es una mañana deliciosa, de oro y azul tenues, en que el verde nuevo de los árboles canta un himno virginal. Allá, al fondo, se yergue el Arco del Triunfo, solitario en la claridad etérea, y animan la pista, reflejándose en el asfalto, casi charolado, automóviles, cochecillos para uso de viejos *gentlemen*, con su hongo gris, o de muchachas a que acompaña un lacayo altivo, y *jockeys* sin su uniforme y como unos micós encima del caballo, y amazonas con traje masculino. Pasa a nuestro lado madame La Kah, mi buena amiga, caírota, nieta de circasianos, mujer extraordinaria por su espíritu y por sus ojos, y por la gracia sencilla con que gasta, sin exhibirlos, sus millo-nes. Iba acariciando un perrito, que parece haber nacido del maridaje de unos crisantemos y un ratón. Finge asustarse al verme, y exclama:

— Monsieur Sanchiz, lo encuentro triste. Será preciso que consultemos el *tharot*, la baraja egipcia que descifra el porvenir...

Declaro que llega a preocuparme la coincidencia de mis dos observadores. No busco otra disculpa, que todas resultarían tan inocentes como la que he dado antes. Me entrego, y confieso la verdad.

— Pues sí, estoy muy triste...

— Confíese a nosotros — prorrumpen a la vez mis interlocutores.

— Estoy muy triste... porque las cosas van saliendo demasiado bien...

— Y teme usted la venganza de los dioses...

— Exacto... Pero, además, es que algunos de mis compatriotas sufren con esto...

Ríe madame:

— Peor para ellos.

— No, madame, no... Esta mañana, con su puerza, despierta en mi franciscanas ternuras... Me duele ser la causa del dolor ajeno...

Parsimoniosamente he sacado del bolsillo unas cartas. A pesar de la solemnidad del instante, mi amigo solicita los españoles sellos para el álbum de su hijo. Después de complacerle, traduzco algunos párrafos de los diversos manuscritos. Contienen insultos, burlas, palabrotas, amenazas. En dichas rabiosas epístolas, el castellano agota la energía de su *j* y su *rr*, que el furor condujo a unos anónimos corresponsales a la onomatopeya de la trituración de mi pobre persona en máquinas rechinantes.

— Sin duda — advierte madame La Kah —, esas cartas son de lectores enojados por alguna campaña suya...

— Pero si yo no soy más que un cazador de mariposas...

— Entonces — agrega el señor — hay que pensar en una venganza personal...

— Tampoco... Desde que llegué a París, siempre que surge la ocasión, la aprovecho para enaltecer a mis amigos, y aun a mis enemigos... Aplico la lente de aumento a cualquier exitillo... Ya soy casi un profesional inflador de perros...

Sigue una pausa embarazosa, y, al fin, decidíme a revelar el enigma:

— ¿Se acuerdan ustedes de aquel banquete que me dedicaron *Les Amis des Lettres Françaises*, en el *Claridge*?...

— ¡Ah, vamos!... Seguramente, los periódicos de su país se han excedido en celebrar esa cortesía de los parisienses con un escritor peninsular, y desde su escondite disparan los eternos despechados...

Madame La Kah, segura de su acierto, acentúa su mirada oriental con una tilde maliciosa; pero recobra, al oírme, su gravedad, tan dulce.

— Nada de eso... Apenas se ocuparon del asunto... Yo soy un indisciplinado... No un rebelde... Los rebeldes de allá son los que se consagraron a lisonjear a sus protectores en el diario donde éstos distribuyen nóminas... No pertenezco a ninguna camarilla... Considero ridícula la pedantería de los santones... Hasta en las relaciones con las Empresas a que pertenezco, no sé darme tono, limitándome a ofrecer mi buena voluntad!... En

suma, nadie se considera obligado y en complicidad conmigo, y, por tanto, las afectuosas voces de aquí naufragaron allá en el silencio...

— Pero, hombre, de Dios, ¿a quién se le ocurre no alistarse en una de las legiones cafeteriles que, según tengo entendido, abundan en Madrid?

— Ya lo creo que abundan, *mon cher*... Y para todos los gustos... Hay el conclave sacerdotal, el de los definidores... De ahí salen los catedráticos por Real orden y los puritanos más o menos tartufescos... Son los amos del cotarro... Desdeñan las vanidades y se dejan brindar las sinecuras... Disponen de rotativos y del arca de las pensiones para el extranjero... Luego hay cenáculos de vanguardia artística, digamos un potaje de garbanzos al champagne, la pellica lugareña sobre el último figurín montparnassiano... En tales viveros, un pedestal de ingenios sirve para el endiosamiento de un cabecilla talentoso... Y quedan la tribu de la bohemia semifracasada, que a lo mejor se impone con un escándalo, y las académicas tertulias de fósiles, en que se puede crecer con paciencia, como el musgo en las piedras abandonadas...

— ¿Y no le ha divertido nunca alguno de tan pintorescos espectáculos?

— ¡Psch!... En el caso más favorable se me antojan de una esterilidad entristecedora.

Al llegar yo a este punto de mi discurso, el perrito de madame acaba de seducir a un *buldog* de que se acompaña un inglés característico, que cultiva su *footing* y se muestra pulquerrimo con sus botines de piqué blanco. Madame La Kah, sonrojándose por sus pensamientos, procura disimularlos con unas palabras atropelladas:

— De todos modos, el agasajo a un periodista español no perjudica en nada a sus colegas... Alguien había de comenzar...

— He tenido y han tenido la desgracia de que sea yo el elegido por la suerte... La ceguera de la lotería... Cuando otras consagraciones de estos días iban marcando rangos, he aquí una pirueta diabólica que trastorna la ceremonia. Estoy profundamente arrepentido de no haber rechazado la fiesta del *Claridge*... Yo, el frívolo, el pecador, debí haberme sacrificado en homenaje a la estirpe magistral... Con mi banquete, más caro, en que tuve la honra de que una Rachilde figurase, y el cotidiano *chroniqueur* del *Matin* llamase cama-

rada a un corresponsal de *tras os montes*, y actrices del bulevar y auténticas princesas y duquesas me apadrinasen, y en que no faltó la autorización simbólica de los representantes diplomáticos de mi patria... Con ese banquete, del que se ocuparon los diarios de circulación universal, suponen mis compañeros que desmerecen sus olímpicas comilonas en una casa de huéspedes... ¡Si hubiera sido al revés!... En fin, ya sé que me toca redimirme con una penitencia terrible...

— ¡Pobrecillo!... Ya le perdonarán...

— No, señora, no... Usted no sabe cuán tremenda es la energía de la raza... Un caso... Habrá diez o doce años viajaba por Castilla, y me permití publicar un comentario agrícolico sobre Medina del Campo, la antigua sede de los Reyes Católicos... Hubo las consiguientes protestas... Pasa el tiempo, hasta un lustro, y doy a la escena una ópera que fracasó entre los gritos de mis cofrades, que reclamaban mi cabeza... Fué en un teatro que llaman de Eslava... Al día siguiente del estreno, recibí un telegrama que decía: *Celebraremos que siempre acontezca lo mismo. Varios medinenses*... ¡Eh, es mucha hidalguía la de... los hidalgos que juegan al dominó en los Casinos politicoagrarios, foco de vitalidad de nuestras villas legendarias!

La comicidad del episodio, rigurosamente histórico, provoca la carcajada unánime de nosotros tres, y la carcajada, un ladrido seco del can diminuto y caprichoso.

— Pues oigan ustedes lo mejor... En uno de estos anónimos en que se me condena por haber faltado al respeto debido a los prestigios literarios de Madrid, aceptando un agasajo que ellos no se dignaron recibir aún, se me recuerda el bendito estreno de Eslava, como sus culpas al colegial desenvuelto...

Reímos y reímos, que se nos saltan las lágrimas. Mis excusas, enmascarados y encolorizados señores comunicantes... Es imposible, en este ambiente de civilización amable, ponerse a tono con la rareza de nuestra clásica llanura manchega sagrada, pero que es un paisaje que padece estreñimiento, una de las enfermedades nacionales; y de ahí que, a lo mejor, entre varones nobles y respetabilísimos, produzca gentecillas duras y malolientes.

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ



Dib. ASSENS BARBA. — Barcelona.

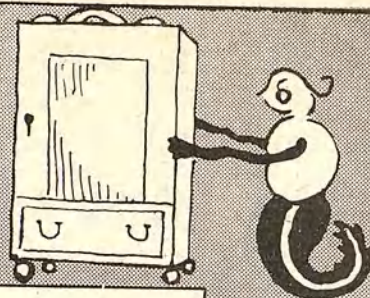
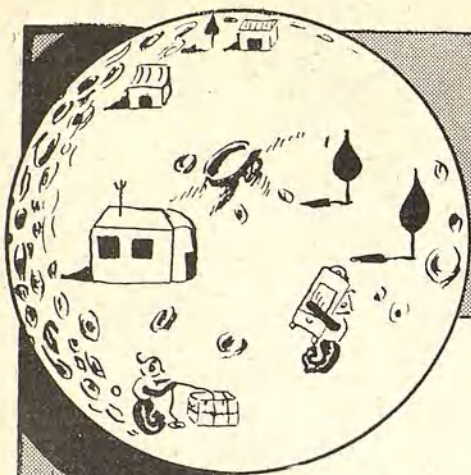
— ¿Sabéis la desgracia acaecida a Julio?...

— ¿Desgracia?...

— ¡Horrible!... Figuraos: ¡se fugó con mi esposa!

Ayuntamiento de Madrid





## CUENTOS INFANTILES

### APUROS, SUSTOS Y CUITAS DE LOS POBRES SELENITAS

*Según el lunar catastro,  
la Luna tiene habitantes  
y fincas que son bastantes  
para llenar todo el astro.*

*La febea vecindad,  
que es gente tranquila y buena,  
vive, cuando es luna llena,  
llena de felicidad.*

*Más no dura ta! bonanza,  
pues la gente, en el instante  
en que entra el cuarto menguante,  
tiene que andar de mudanza.*

*Al achicarse la rueda,  
con los más rápidos modos  
tienen que meterse todos  
en la Luna que les queda.*

*Y, ¡es clarol, se arma un trajín  
de la lunar población,  
hasta que se mete, al fin,  
en la raja de melón.*

*Nuestros selenitas, pues,  
tienen, de modo constante,  
que andar una vez al mes  
con los trastos de levante...*

*Pasando, sin duda alguna,  
apuros extraordinarios,*

*pues tienen muchos armarios...  
(¡Y todos ellos, de lunar!)*

*Mientras dura fecha tal  
en la Luna vive el ser  
en densidad tan fatal  
que no cabe un alfiler.*

*Y no es lo malo que así  
se aprieten tanto los seres,  
lo terrible es lo que allí  
se aumentan los alquileres.*

*En fecha tan importuna  
se observa, niños amados,  
que tiene cuartos la Luna  
(pero... no desalquilados).*

*Todos viven, ¡hay que ver!,  
en tan ruin Luna sumisos,  
hasta que vuelve a crecer  
y bajan algo los pisos.*

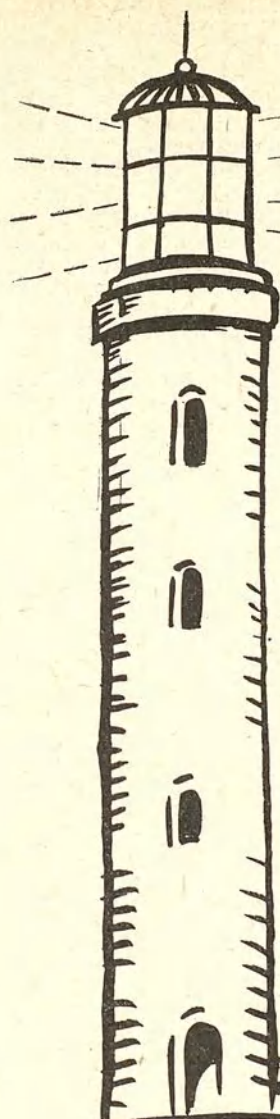
*Mientras tanto, caballeros,  
sólo allí ganan dineros  
(como dice un tal Feliú)  
los selenitas caseros  
y... «Federico del Riú».*

LUIS DE TAPIA

Dibujo de Almita Tapia.







Teatro del Centro,

# "El Faro"

Comedia  
de los hermanos  
Rodríguez de la Peña

Acto 1º



¡Pero, ven acá, chiquilla  
Tú estas ya muy redondilla!  
¡Mira Engracia, ya ha picao  
Vámonos por este fao!

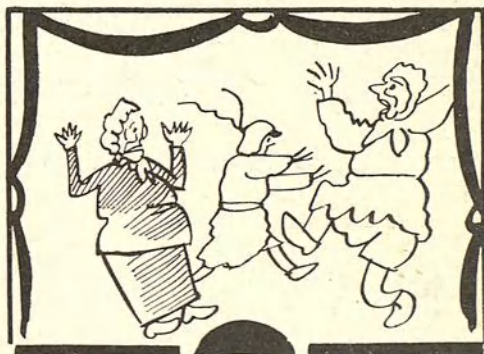
## Argumento

Una herencia deja un tío, y así tenemos un tío  
Para heredar un dinero, Pepe ha de hacerse torrero  
Y el que mas quiera saber, debe la comedia ver.

## Personajes

La tía Engracia que es de abrigo  
No deja ni a Cristo vivo.  
Hay tambien un tío Bernardo  
¡He mi amigo! Vaya casido!  
Hay una démi-mondaine  
Hay una prima bonita  
Hay otro primo alumbrao  
Hay un padre Hay un exiao  
Hay .... que termina lectores  
Que el papel ya se ha acabao!

Acto 2º



¡Tú con tan malas mujeres  
¡Pero; que indecente eres!  
¡Y así de máscara vas  
Bernardo, las pagarás! (1)

Acto 3º (1) todas juntas.



¡Tres años, a macarrones  
Y sin hacer objeciones!

Imaginación  
Robledano



## SOBRE EL TOREO

Ronda, Meca del toreo, escuela de matadores, clásica cuna del arte taurino, ha convertido su plaza de toros en campo de *foot-ball*. ¿Puede extrañarnos, entonces, que el toreo se sindicalice, no para rehabilitarse, sino para perder el tiempo en luchas estériles que nada son ante la decadencia?

Si hoy el público se emociona por un *penalty* en el mismo sitio donde *Fras-cuelo* metió la espada hasta escarbar en el morrillo con la mano, levantando de sus asientos a nuestros castizos abuelos, no es extraño que, como causa o como consecuencia, el diestro se afemine, se intelectualice, discursée, celebre asambleas y ponga vetos.

Los toreros *serios* no pueden tolerar a los toreros *bufos*. El público no puede soportar a los toreros *serios*, que no se

arriman, ni saben, ni entienden, ni se atreven a nada, y prefiere a los toreros *bufos*; y surgen de aquí filias y fobias, y Sindicatos y vetos, y reuniones y asambleas.

Llevados de este trastorno, los toreros se dejan coger por los toros, distraídos, mientras piensan en su próximo discurso del mitin de banderilleros o la contestación al mensaje de la Asociación de empresarios. Por si esto no fuera bastante para disminuir temporalmente las filas de toreros de uno y otro bando, el atentado sindicalista ha llegado hasta ellos con caracteres alarmantes.

Llegará el día en que muera un empresario de un volapié en plena calle, o un *esquirol* banderilleado por sus enemigos. Para estos atentados puede con-

tarse con el poderoso auxiliar de la Asociación de puntilleros y el Sindicato de mulilleros de arrastre.

Para convencerse de esto, basta con examinar el desgraciado caso del novillero *Bombita IV*. Vean nuestros lectores si puede superarse en menos tiempo un número tal de desgracias, que en tiempos de normalidad no hubieran sucedido:

Sevilla, 2 (9 m.). — Bombita IV *lan-ceó y banderilleó muy bien a su primero. Tras una faena breve y valiente, atiza una estocada en las agujas, saliendo enganchado y con la ropa rota.*

Sevilla, 3. — Bombita IV, *que fué cogido en el primer novillo de la corrida del domingo, al parecer, sin importancia, ha tenido que guardar cama. Padece grandes dolores en una clavícula que, a consecuencia de una fractura que sufrió en Méjico, estaba engarzada en plata.*

*El médico que le asiste ha dispuesto que se le apliquen los rayos X.*

✻ ✻ ✻

Anoche, en el expreso de Andalucía, llegó a Madrid el novillero Antonio García Bermúdez Bombita IV.

Después de cenar, acompañado de su apoderado D. José Carrasco Rodríguez, cometió la imprudencia de acudir al *café Inglés*, donde se reúnen los elementos sindicados, y la presencia del sevillano fué interpretada por aquéllos como un reto.

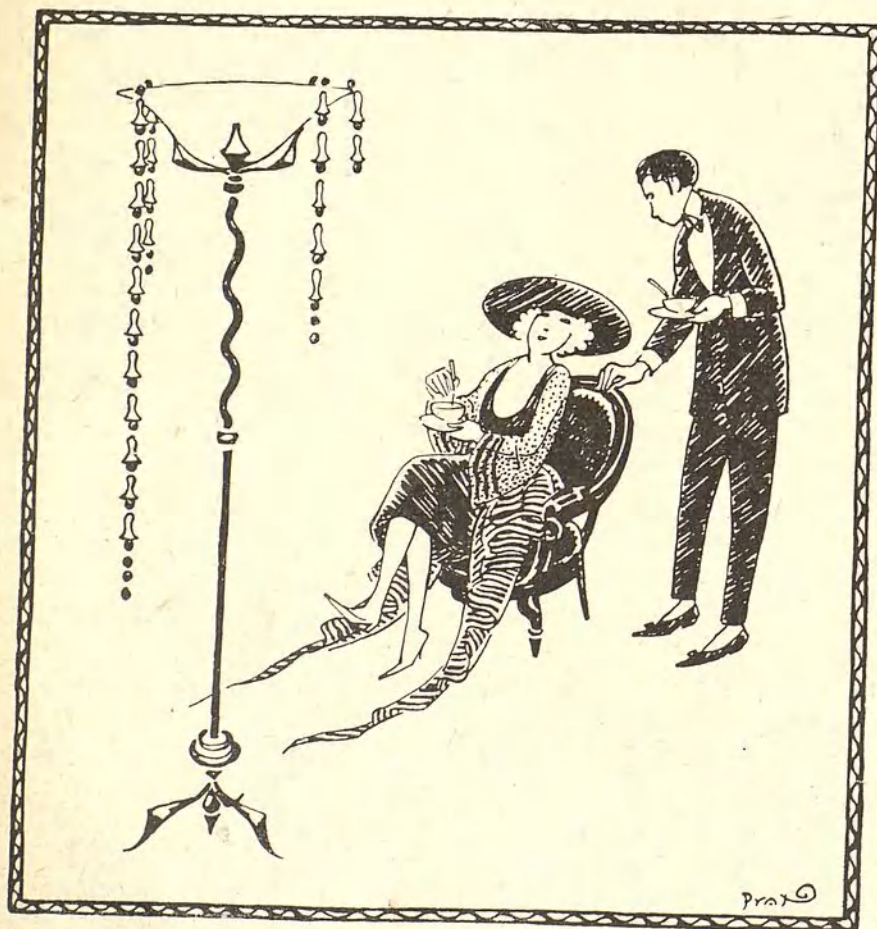
Ya en la puerta del *café*, el Nini afeó a Bombita IV su proceder, y con tal motivo le insultó; cruzáronse insultos, y uno y otro se golpearon, mientras el banderillero Morato y otros desconocidos se enredaban a palos y golpes con el apoderado, que cayó al suelo. Cuando Bombita IV acudía en auxilio del Sr. Carrasco, fué también agredido, y sacó un revólver con el que golpeó a Morato en la cabeza, recibiendo, a su vez, varios golpazos, no se sabe cómo ni de quién, que le hicieron caer a tierra con la cabeza llena de sangre.

En el dispensario de urgencia reconocieron a Bombita IV tres heridas en la cabeza, con hematoma, en la región superciliar; una en el parietal derecho, que llega hasta el hueso; otra en la cara y otra en la mano izquierda, de pronóstico reservado. También tenía numerosos arañazos y pequeña conmoción cerebral.

Es posible que el diestro Bombita IV no pueda torear esta tarde en la novillada anunciada.

Tomamos estas notas de un diario de la mañana del día 5 que relata los sucesos de la noche del 4.

Veamos como, *malgré tout*, torea Bombita IV, y lo que le sucede:



Dib. PRAT. — Barcelona.

— Y ¿qué tal fué el estreno de anoche en el Real?...

— Aburrido. Los violines tocaban con sordina, los cornetines también; los coros parecía que cantaban también con sordina... En fin, una lata de sordinas...



Bombita IV muletea con ambas manos, despegadillo y con dificultad, por las lesiones que padece. Un pinchazo en lo duro, otro saliendo comprometido del embroque, media estocada delantera, quedando entrampillado por querer matar bien. Un descabello al segundo empujón. El diestro se retira a la enfermería. (De la reseña de la novillada del día 5.)

Desde ese día hasta la fecha de acabar este artículo (madrugada del 6) no sucede ninguna nueva desdicha al pobre Bombita IV.

Se nos dirá que todo eso le sucede por *esquirol*; pero ¿y las cornadas? ¿Es que están los toros conformes con el Sindicato? Unicamente nos faltaba eso. Al toro, que es el principal personaje de la fiesta, es al que menos se le ha consultado sobre el particular. Y es que, naturalmente, el ideal de los sindicalistas taurinos sería que hubiese toro en el ruedo. ¡Qué faenas emocionantes! ¡Qué verónicas sublimes, entonces! Pero el toro es un bicho que estorba en la corrida, para el buen resultado de la misma. Toros pequeños, de dos libras o de tres, de muy pocas *verbos* y pocos cuernos. Ya procurarán los toreros, después, no arrimarse demasiado. Cualquier imprevisión sería funesta. Tantos cosas pasan, en fin, que hasta el Sol, padre y alegría de la fiesta, se negó a asistir a la novillada del día 5.

Los asistentes serían sesenta o setenta por junto en la plaza de toros de Madrid, con gabán. Todos se reunieron en un mismo tendido, muy apretados unos contra otros para darse calor. Los toreros llevaban bufanda.

Si un instante asomaba el sol su sonrisa por un jirón de nubes, todos los espectadores corrían en masa a buscar el sitio donde diera. Toda la plaza era suya. Si la Empresa hubiera colocado una estufa de bolas en el ruedo, hasta el toro se hubiera acercado a los espectadores que se calentaban en unión de los toreros.

¡Y pensar que el sindicalismo tiene la culpa de todo!

Cuando los toreros sabían torear, lucía mejor el sol de España. El bolchevismo y el *foot-ball*, que son cosas de países fríos y grises, acabarán por cambiar nuestro clima y nuestro carácter.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO

## TITIRIMUNDILLO

Dice un poeta:  
«En la casa ruinosa, por mí heredada...»  
¡Valiente herencia!  
Ya puede usted dar las gracias al que le dejó la casa, si en el testamen-

to no le puso también algo para reparaciones.

\*\*\*

El marqués de Alhucemas dijo a los periodistas:

— Siento que se hayan ustedes molestado tantos.

¡Ah, vamos! Si son sólo tres o cuatro no siente la molestia. ¡A esos que los parta un rayo!

\*\*\*

«Inglaterra no sabe qué hacer con cien millones de libras que sobran en el presupuesto.»

¡Ya son libras! Que las mande para acá, y así se ha quitado ese peso de encima.

\*\*\*

¿En qué se parecen actualmente los diputados a los enfermos dados de alta?  
¡En que se les acabaron las dietas!

\*\*\*

El presidente del Consejo de Ministros dijo el otro día que no había visto la tempestad.

¿La tempestad? ¡Parece mentira, con las veces que se ha representado!

\*\*\*

«Una nutrida Comisión visitó al ministro.»

¿Nutrida ha dicho usted?  
¡Les damos la enhorabuena a los comisionados! Se conoce que comen bien.

\*\*\*

La Alianza Evangélica Española ha dirigido un mensaje al jefe del Gobierno solicitando la inmediata reforma del artículo 11 de la Constitución.

Los de la Alianza son unos infelices si piden eso después de haber visto marchar a Pedregal.

\*\*\*

«Europa atraviesa por una gran crisis económica.»

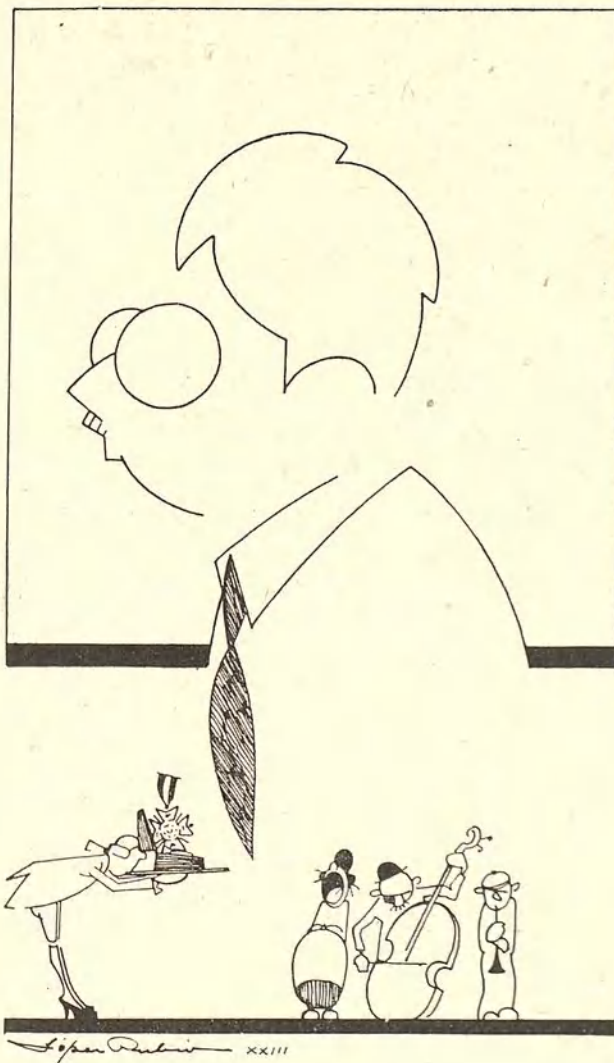
Menos mal que es económica, porque nos fastidiaríamos si llega a costarnos cara.

\*\*\*

«Se declara la revolución en Río Grande.»

Serán los peces que se habrán levantado para protestar contra algo.

Precisamente, en estos días tenían ciertas escamas...



Este que aquí ven ustedes es nada menos que nuestro colaborador musical, el formidable maestro Alonso, a quien el triunfo ha dado siempre la cara y ahora le da la cruz... de Alfonso XII.

Para conmemorar este éxito oficial podríamos lanzar un montón de adjetivos; pero ¿qué vamos a decir nosotros que no lo sepa ya todo el mundo? ¿Que es el *hacha* del pentagrama? ¿Que es un *tío* haciendo música? Todo eso lo saben de memoria los veintidós millones de habitantes que dicen que tiene España.

Sólo un chiste que ha circulado por Madrid puede decirnos algo que el público ignore:

— ¿Cuál es el músico ideal para una Empresa, el que da más facilidades para el estreno?

— El maestro Alonso, porque es un autor *con-decorado* y vestuario...

Y es que el ilustre compositor granadino, si no es tan elegante como Melitón Almagro, va mucho más decentito que Carrere.

Ayuntamiento de Madrid. Caricatura de López Rubio.



## LAS COSAS DE LOS TEATROS

### UN SERVIDOR TIENE CALENTURA

¿Ustedes han escrito alguna vez bajo los efectos de fiebre? ¿No? Pues es algo verdaderamente sugestivo.

Hay — ya lo saben los lectores — diversas clases de calentura: la de la inspiración, la del entusiasmo, las infecciosas y, entre éstas, la del último grito: de la gripe.

Yo me propongo dar cuenta a los lectores del estreno del drama *La seca*, original del Sr. Alvarez Sotomayor, verificado hace días en el teatro Español; y cuando cojo la pluma, una vigorosa sensación de algo muy extraño paraliza los miembros y turba el interior del recipiente en que bullen las ideas.

Al parecer — y ahora lo dirá el termómetro — tengo una calentura de muy buena clase. ¿Será la fiebre de la inspiración? ¿Quizás el entusiasmo que produjo en mí el estreno de *La seca*?

No sabríamos dar una versión exacta de ello, aunque aventuramos la sospecha de que esto último no será porque la representación del drama no provocó en nosotros ni frío ni calor. Y calor si sentimos: un ardor que reseca la boca, que abarquilla el papel en que escribimos y que casi hace echar humo a la estilográfica.

Nos hierva la sangre, se agrandan los objetos ante nuestra vista, sentimos vagamente que nos invade el delirio, y, sin embargo, *La seca* no deja de ser en nosotros un recuerdo intrascendente que se obstina en huir, en alejarse, que se borra y se difumina.

Es indudable que la gripe nos tiene alterados del todo. La fiebre que ahora nos marca el termómetro es de carácter gripal.

Seguros estamos que de encontrarnos normales y serenos, *La seca*, en vez de parecernos pobre de rima, exigua de interés, repetición de mil dramas, cosa deleznable, tendría un alto prestigio literario que nos inspirase los más hiperbólicos elogios.

Dejemos, por tanto, la obra del señor Alvarez de Sotomayor, y acudamos a la curación de la fiebre por medio del termómetro, idea que nos ha sugerido no hace mucho una bella actriz.

— Oiga usted: ¿es cierto que cuando uno tiene calentura se emplea para quitarla la quinina y el termómetro?

— ¿...?

— Eso me han dicho: que esa cosita que parece plata y que está dentro del cristal, es lo único que hace bajar la temperatura...

Si ustedes se ostinan en no creerlo, tendré que verme obligado a decirles quién me expresó tan original teoría.

### OTRO CASO DE FIEBRE

Sí. Otro caso de fiebre es el del señor Amichatis, autor de *La hija de nadie*, estrenada en el teatro de Cervantes. Lo que sucede en dicha obra no parece sino la exaltación de un misero delirante.

Son visiones espantosas de unas vidas torturadas por la abyección y el vicio. ¡Un horror!

Quinina, sudoríficos, y a taparse bien. Deseamos el próximo restablecimiento del autor...

JOSÉ L. MAYRAL



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

— Hace tiempo que no apareces por casa de Fernando...

— ¡Chico, es que me he enterado de que, desde que es médico, cobra las visitas!...

### EL ÚLTIMO FIGURÓN

Si para el monísimo, precioso y delicado sexo débil es el árbitro de sus modas y elegancias el *figurín*, creo yo que para la energía y grandiosidad del sexo fuerte cuadra mejor el *figurón*.

Sobre que en cuestión de modas sería un absurdo y un contrasentido oponerse a lo que se lleva, y hoy se estilán los aumentativos. Antes decíamos cariñosamente «Mi casita», y ahora decimos grandilocuentemente «La casona»; antes nos contentábamos con que los periódicos tuvieran folletín, y ahora exigimos que tengan folletón.

Quedamos, pues, en que para la moda masculina el *figurón* se impone.

Yo soy un hombre que, aquí donde ustedes me ven, o mejor dicho, donde no me ven, llevo, como los grandes jugadores de ajedrez, varias jugadas adelantadas en la cabeza; y en estos principios del florido abril, que todavía son de abrigo, me estoy ya preocupando del traje que me tendré que poner en las imperiosas vacaciones del estío.

¿Cómo habrá que vestirse en la época en que más apetece desnudarse? La moda, que se ha complacido en las grandes heladas de este invierno en exponer a la intemperie el frontis torácico y las extremidades abdominales de las damas, ¿nos impondrá acaso a los galanes durante el verano, la lana y turba del Dr. Rasurel al interior, y el gabán de

pieles más o menos felinas para uso eterno? El egoísmo de la comodidad me incita a la rebeldía y me induce a prescindir de las ordenanzas de la moda para vestir completamente a mi talante; pero no me atrevo. Soy hombre de mi siglo, y en esto del vestir hay que ser, no sólo de su siglo, sino de su mes y hasta de su semana.

A fuerza de meditar este transcendental asunto, he llegado a descubrir un medio de asegurar la ligereza de ropa durante los calores, mande la moda lo que mandare y digan lo que quieran los termómetros. Si el altruismo no fuera una de las más importantes prendas de mi carácter, reservaría mi descubrimiento para mi uso exclusivo; pero como lo es en grado eminente, lo voy a poner en letras de molde para conocimiento de todos mis lectores, con la sola advertencia de que procuren que los sastres no se enteren.

Todo el secreto consiste en declararse franca y abiertamente *sportman* y usar el traje, llamémoslo así, que usan para sus olímpicos ejercicios. Todos sabemos que en lo olímpico se desdén olímpicamente el abrigo de la persona.

Véase el Discóbolo, pongo por púgil.

Yo me he echado al cuerpo minuciosa y detalladamente todos los grabados de diarios y revistas consagrados a los deportes, y he acabado por decidirme por el pedestrista, por su traje ideal para el verano.

Una camiseta de punto, llámese en inglés como se llame; un amplio calzoncillo de la exigua longitud de un calzón de baño, y el calzado. Yo admiro la decisión de los pedestristas para aceptar este indumento casi paradisiaco, sobreponiéndose a los futbolistas, que por aquello de dedicarse al *ball* parecían los más indicados para ir *en pelota viva*. La comodidad va acompañada de una importantísima economía que no es de despreciar en estos tiempos. Se ahorran los gastos de camisa, cuellos y puños, gemelos, corbata, chaleco, americana y pantalón.

Claro está que como en cuestión de indumentaria la clase de la tela y la hechura son los factores esenciales, en este lucimiento del tejido y las hechuras personales habrá sus más y sus menos, porque todos no vamos a ser Antinoos ni Apolos de Belvedere; pero ¡qué le vamos a hacer! Antes se decía: «Ande, yo caliente, y riase la gente», y ahora podemos exclamar: «Vaya yo fresquito, y lo demás me importa un pito.»

¿Qué puede suceder? ¿Que al exhibir mi persona con la diafanidad del uniforme pedestrista, lo marchito de mi cutis y la relatividad einsteniana de la morbilidad de mis formas haga que algunos intransigentes de la estética se rían de mí?

¿Y a mí qué? Como iré tan ligero de ropa..., me quedará tan fresco.

CARLOS LUIS DE CUENCA

Ayuntamiento de Madrid





Dib. ANTEQUERA AZPIRI. — San Sebastián.

# EN LA FRONTERA

EL CARABINERO. — ¡Per'hombre, por Dios a esto llama usted restos de merienda!  
Ayuntamiento de Madrid



# HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS



FRUEH

## AUTOCARICATURA

Hélo aquí, reflejado por su propia visión lineal y espiritual, como un mozo delgado, zanquilargo, de pelo color de lino y ojos azules, con la nariz aguda y saliente, el belfo imponiendo a la boca una mueca sarcástica y la total actitud del cuerpo acusando indolente expresión de observadora burla. Hace pensar en el tipo representativo del *Michel* germánico que pasa por las páginas del *Simplicissimus* o de la *Jugend*. Recuerda también a esos cinemistas que en las películas yanquis se despojan de la americana para escribir en una redacción turbulenta, trabajar en una granja o disponerse a saltar de un tren a un aeroplano y de un rascacielos a un automóvil ávido de distancias.

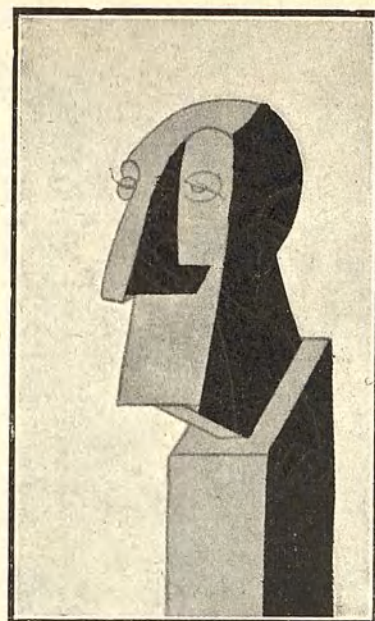
¡Silueta atrayente, sugestiva, ésta que Frueh se ha trazado de sí mismo, viéndose en el espejo y en la memoria de su conciencia! Tan elocuente, que lo explica todo y sugiere las normas de su obra con la misma claridad que los rasgos de su rostro y la un poco desgarrada largura de su silueta. Ese perfil de rústico alemán y de malicioso adolescente que cuida los bichos y enamora la hija de un *farmer* con sotabarba a lo *Uncle*

*Sam*, no se olvida ya. Inquieta y atrae. Se le teme, además. Con las manos metidas en los bolsillos, en mechón rebelde sobre el ojo derecho y medio guiñado el izquierdo, está imaginando la diablura de animalizar las formas humanas y antropomorfizar las formas faunales.

Pero veamos también su fotografía. Es un ejemplo aduciente en favor de la caricatura. Las fotografías no expresan con exactitud externa el interior retrato. Hasta el satírico aprehensor de los rasgos esenciales, hasta el deformador en aras de la síntesis cómica, se olvida de su espíritu cuando le dicen: «¡Quieto, un momento! ¡Así! ¡Un poco más alta la mirada! ¡No tan serio! ¡Así! ¡Quieto!»

Y cuando le presentan la prueba, sonríe confuso levemente. Se halla demasiado bien o demasiado mal. Es él, con perfecciones frías o transitorios defectos. Desvirtuado siempre.

Así, la fotografía de Frueh no se parece a la autocaricatura de Frueh. Están, naturalmente, el cabello rubio con su mechón cortejador de la sien derecha; las pupilas claramente azules o verdes, que casi mienten la mirada blanca de las estatuas. No falta la nariz aguda y el labio inferior saliente y la sensación de una osamenta gigantesca dentro de la ropa. Pero el Frueh de la fotografía no sonríe muchachilmente; no está en mangas de camisa y con las manos en los bolsillos en la actitud del que observa espectáculos divertidos o escucha palabras jocosas. Tiene una expresión dura y serena. Mira sin alegría ni afabilidad. Y si se piensa en la semejanza germánica, no es el *Michel* campesino del gorro de punto, las medias a rayas, los zuecos de madera y la pipa de porcelana lo que nos evoca, sino el tipo de un estudiante de la Heidelberga romántica que hubiera salvado de cicatrices el



## ESCULTURA CARICATURESCA

rostro, o el de uno de aquellos juveniles comandantes de los submarinos fantasmales y costeros de la Gran Guerra.

Pero, en realidad, ni aquello de la caricatura ni esto del retrato. Es mucho más o mucho menos, según quien haya de opinar acerca de él: es un humorista.

El *humorista*, en la amplia y admirable significación del vocablo.



Alfredo J. Frueh es descendiente de alemanes y se ha formado artísticamente en Francia.

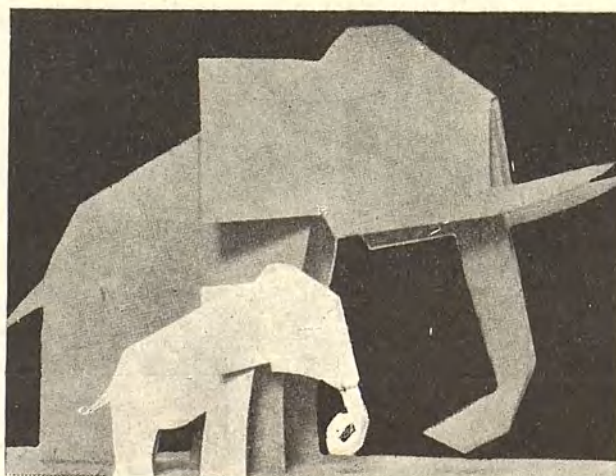
Su arte ratifica los dos antecedentes con una fusión fecunda y atractiva.

Es, en efecto, reposado, especulativo, metódico y, al mismo tiempo, rápido, con instintiva gracia, sutilmente irónico, poseedor del buen gusto y de la espiritualidad latinos.

Entre los dos polos de la caricatura yanqui actual, la sensiblería y la técnica minuciosa, o la extravagancia arriística, desorbitada, Frueh se sitúa con una seguridad noble y una modernidad franca.

No es el tradicionalista empalagoso que se obstina en parodiar los trazos y las tramas gibsonianas. Pero menos todavía el sintetizante de revista de modas, donde todo se desatiende y pedantiza: las líneas, el léxico y el ingenio.

Se ha visto, a lo largo de estos comentarios nuestros al humorismo contemporáneo, que — salvando aislados artistas — los norteamericanos ca-



## PADRE E HIJO

Ayuntamiento de Madrid



recen del interés positivo y perdurable del verdadero mérito. Se resienten como sus literatos y sus pintores, de no pensar sino por y para las sufragistas, las solteronas enardecidas, las millonarias ociosas, y sobre todo para este ser grotesco, estúpido e insensible que también padecemos en Europa: la mocosa que se empina sobre sus quince años para decir tonterías audaces y dar saltitos de fox.

Frueh, no. Frueh se respeta a sí mismo. Se considera responsable de la feliz coincidencia de su racialidad germánica y su educación francesa. Es el humorista que nada pide a las devoradoras de aventuras blanqueadas por la ñoñería feminista y feminizante, ni se preocupa de disputar la clientela de pubescentes precoces de cocolismo flirteador, que se miran cual monas o pavas reales en el espejo de la *Feria de las vanidades*.

Frueh hace caricaturas personales y muñecos animalistas. Dibujos que tienen la simplicidad de sus maestros Sem y Capiello. *Esculturas* sin la solidez material de Barye o el enfermizo ímpetu



EL DE LA SUERTE

de Perrault-Harry, el esposo de Miriam Harry, la extraordinaria novelista. *Esculturas* de papel que estilizan cómicamente figuras de animales.



Bernardo G. Barros, el malogrado crítico cubano, a cuya obra *La caricatura contemporánea* hemos hecho referencia varias veces y siempre con el elogio debido, dedicó uno de sus últimos artículos en *Social* a Frueh.

«Este caricaturista — decía Barros en el segundo tomo de *La caricatura contemporánea* — considera la línea del mismo modo que De Zayas. Ambos tienen un procedimiento similar en el fondo, pero no en la forma. O lo que es igual: ambos obedecen a la misma con-

DOS CIGÜEÑAS Y UNA JIRafa  
"ESCULTURA" EN PAPEL

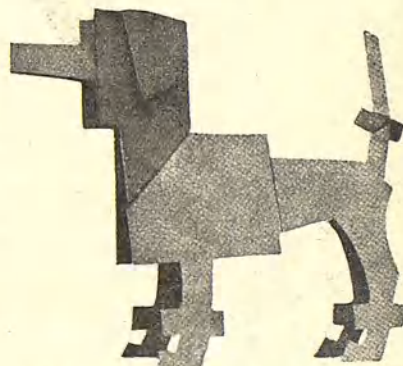
cepción impuesta por el canon de la multiplicación. Pero Marius de Zayas es más sintético, más enemigo de los rasgos superfluos, y hasta cierto punto más personal. Frueh, aun siendo un caricaturista de notables condiciones, no posee la agilidad de aquél. Trae la innovación a la escuela. Y nada más. Marius de Zayas es innovador dentro y fuera de la escuela norteamericana. Su factura es tan característica como la de Berthel en Inglaterra, la de Capiello, Sem o Desderques en Francia, y la de Alix, Gulbranson o Heine en Alemania. Es uno de esos humoristas que marcan una orientación personificando una escuela. En tal sentido es más importante su figura que la de Frueh. Pero éste ha llevado a los Estados Unidos el prestigio de la caricatura esquemática. Su estilo recuerda bastante al de Capiello, salvo en algunos trabajos, en donde parece buscar una fórmula nueva para esa misma clase de caricatura, rompiendo con los rasgos decorativos que dan a las *charges* de Capiello cierta sensación de armonía repetida.

«No hace mucho tiempo, Henry Tyrell escribió en el *World*, de Nueva York, que lo más individual del estilo de Alfredo J. Frueh se había desenvuelto, o, a lo menos, precisado durante su estancia en París. Y, en efecto: se nota la influencia del procedimiento francés moderno. Creo, sin embargo, que tiene un concepto más decisivo de la simplificación, pudiendo decirse que es un artista que trata de independizarse llevando una nueva manera de sentir el procedimiento a la escuela norteamericana. Comparad sus caricaturas de Willie Collier y Lilian Russell con las que él mismo hizo de Henry Leuder y la nadadora Kellerman. Son dos estilos diferentes, o más bien los titubeos de quien trata de reafirmar un estilo propio basado en los principios acatados por otra escuela.»

Este juicio, no del todo laudatorio, como se ve, del crítico cubano sobre el dibujante yanqui, se modifica, se eleva aún después al comentar Barros los muñecos de papel de Frueh.

«Para llegar a obtener esas *esculturas* — dice en *Social* —, como las denomina resueltamente, se necesitan grandes condiciones de observador y de artista. No haría nada con saber desarrollar un cuerpo ni dominando los secretos de su dinamismo físico. Quedaba por vencer un problema importante, que es, a mi juicio, lo más notable y lo más difícil en la creación de esas *esculturas*: los dobleces sucesivos, inimaginables, que él realiza, después de recortar la figura, para obtener en una sola pieza las actitudes del animal. Aquí es donde interviene su don de artista y de caricaturista.

Lo que Alfredo J. Frueh ha hecho en sus caricaturas, eso que también realizan otros humoristas — la conquista del espíritu del caricaturado —, es lo mismo que obtiene con los animales, aunque decirlo parezca una grotesca y hasta cruel trasposición de conceptos. Sí; digámoslo también resueltamente: ha buceado en sus almas, les ha arrancado ese secreto de la expresión que en cierta oportunidad hizo a Benjamín Rabier buscar en el rostro de cada hombre ilustre de la Francia una semejanza con determinado animal.»



EL PERRO DE AGUAS

Frágiles por la materia en que están evocados, de una vigorosa energía por el espíritu que les anima, las *esculturas* animalistas de Frueh, además de tener cuantas excelencias se les reconocen muy justamente, poseen la antropomórfica de evocar rostros y cuerpos humanos, actitudes que, sin perder su carácter zootécnico, parecían símbolos de humanidad.

Como Benjamín Rabier, como nuestros Fresno, Bagaría y Zas, como el cubano *Sirio*, Frueh ha visto reminiscencias zoológicas en muchos rostros de personas. Acaso el deseo de no *contenerse* es lo que le llevó francamente a sus *esculturas* de papel. Y así como los hombres sugerían a la agudeza esquematizadora y simplificativa del caricatu-



rista externidades bestiales, cuando Frueh dejó el lápiz por las tijeras, y en vez de trazar líneas sobre el papel, lo recortaba y doblaba, daba a las bestias, con el alma propia que dice Barros, almas humanas.

Pasiones viles, pasiones excelsas se adivinan en esos muñecos frágiles, que parecen creados solamente para divertir a los niños y que, sin embargo, despiertan en nosotros aquella inquietud filosófica que sintieron los coetáneos de Plinio ante las estatuillas satíricas don-

de los dioses y los monarcas temidos y omnipotentes, aquellos Césares Augustos de los hundidos siglos, que tenían a merced de sus caprichos la vida y la muerte de naciones enteras, eran caricaturizados en estatuillas de lobos, perros o tigres; aquella zozobra de los antiguos monjes en los claustros, en los coros sombríos, donde artífices agresivos fijaron los siete pecados capitales en bestezuelas de piedra o de madera...

José FRANCÉS

## CUPLETERÍAS CAMILA, "CAMELA"

La cupletera Camila ha conseguido realizar su sueño dorado.

Debutó, como tantas otras, para ver si en la moderna lotería del amor le tocaba uno de esos gordos ideales que lucen soberbios pedruscos, se duermen en los momentos críticos y lo abonan todo sin protesta.

El gordo de Camila se llama José Carrillo Delgado, padece de reuma articular y goza de una fortuna saneadísima, aumentada por los pingües rendimientos que le producen las dos fábricas de que es poseedor: una de pipas de ambar y otra de pimientos en conserva.

Consideramos huelguista la manifestación de que Camila, al *camelar* a don José, no abriga otro propósito que el de alimentarse con las pipas de este Pepe, y explotar, en lo posible, los *morrones* de Carrillo, para no andar otra vez a bofetadas con el hambre.

Camila, en la actualidad, gracias a la influencia poderosa y sugestiva de su

cartel artístico, come todos los días en un *restaurant montmartroise* de la calle de Cabestreros, por el cual su obeso protector siente una debilidad lógica y disculpable, toda vez que los platos que allí se sirven son muy *parisienses* por su denominación, pero nada alimenticios por su vegetariano y leguminoso condimento.

Esta obsesión *molieresca* de nuestros fondistas, empeñados en disimular con galicismos la falta de carne y demás elementos nutritivos en sus *menús*, incomodaba no poco a la Camila, quien, la mayoría de los veces, quedábase sin saber lo que había comido.

Esto, en casos de cólico, daba lugar a serios compromisos por parte de Camila, cuando el médico, para formular con certeza el diagnóstico, procedía al interrogatorio de rigor, comenzando por la inevitable pregunta:

— ¿Qué es lo que ha comido usted hoy?



Dib. CALLEJO. — Madrid.

— ¡Vamos!... ¿Le parece a usted bonito, guardia?  
— No, señora; creo que es merluza.

La enferma, tratando de recordar el enrevesado mote traspirenaico de los guisotes deglutidos, pasaba *las moradas* y concluía por confesar, avergonzándose cuanto su escaso rubor le permitía:

— No lo sé.

— ¿Es posible que no sepa usted lo que ha comido?

— Puede usted creerlo, doctor. Si le bastan las señas...

— Veamos.

— El primer plato, que parecía de sopa... sin sopa, era una cosa clara, muy clara. Maldito lo que me gustó.

— No gustarle las cosas claras. ¡Qué extraño!

— El segundo fué una cosa verde con pintas negras. Después nos sirvieron unas criadillas que, por lo viejas, parecían amas de llaves. Luego nos sacaron un riñón.

— Eso lo hacen en todos los *restaurants*. Los riñones esos, ¿fueron a la *broche*, por casualidad?

— No me acuerdo bien. Pero me parece que sí, que tenían *broche*.

— Malo, muy malo.

— ¿Por qué, doctor?

— Porque los cólicos cerrados, con *broche*, resultan complicadísimos.

✽ ✽ ✽

No obstante los trastornos frecuentes del aparato digestivo, Camila sigue comiendo a diario en el *restaurant montmartroise* de Cabestreros, acompañada de su gordo protector, cuyo abdomen no teme la llegada de su San Martín.

Ahora bien: Camila no es la de antes.

Ya *chamulla* unas *miajas* el *gabacho*, según ella afirma, y sabe, aunque no del todo, lo que come merced a un pequeño amigo que se llama *Manuel de la conversation*.

Con este *manolo*, comprado por cero setenta y cinco en una librería de viejo, Camila no tiene inconveniente en hablar largo y tendido con el propio Poincaré.

Todo lo comprende a la perfección. Véase la muestra:

— *Que dessirez-vous, «mam'zell»?* — preguntóla el otro día un francés de los auténticos que la invitó a comer en el Ritz.

— *Yo más selz?* — contestó ella. — Gracias, hijo. Tengo aquí el sifón.

Cuando acercóse el camarero:

— *Donnez-moi un consommé* — le dijo el *monsieur*. — Y dirigiéndose a ella: — *Et vous?*

— Yo, con *somier*, no; duermo mal.

Terminada la comida, vino el baile. Y mientras hacía el *paso de camello*, el francés, que era un *largo*, prendado de sus hechizos, le soltó a quemarropa la siguiente declaración:

— *M'amez vous?*

Y Camila respondióle al punto:

— Que si *mamez*? No, rico. Yo me he criado con biberón.

ADOLFO SÁNCHEZ CARRERE



O R  
 ar el  
 e los  
 adas  
 ndo-  
 nítia:  
 ed lo  
 Si le  
 a de  
 muy  
 Qué  
 erde  
 vie-  
 ejas,  
 sa-  
 tau-  
 a la  
 pa-  
 con  
 tes  
 co-  
 nt-  
 ada  
 nen  
 es.  
 ba-  
 que  
 un  
 nel  
 ero  
 ie-  
 en  
 bio  
 on.  
 -  
 os  
 el  
 -.  
 le  
 a  
 al.  
 Y  
 el  
 de  
 pa  
 ne



UNA. — Y después de matar a los moros, ¿qué hicisteis con las moras?  
 EL SOLDADO. — Las echamos en aguardiente...

Ayuntamiento de Madrid

Dib. ESPLANDIU. — Madrid.



# DE LA CORTE DE LOS MILAGROS

## EL PADRE COMPLETAMENTE ETERNO

¡Pero si no tenemos pobres!... ¡Si aquello de los mendigos era una fantasía!... Por lo pronto, así lo evidencian los hechos.

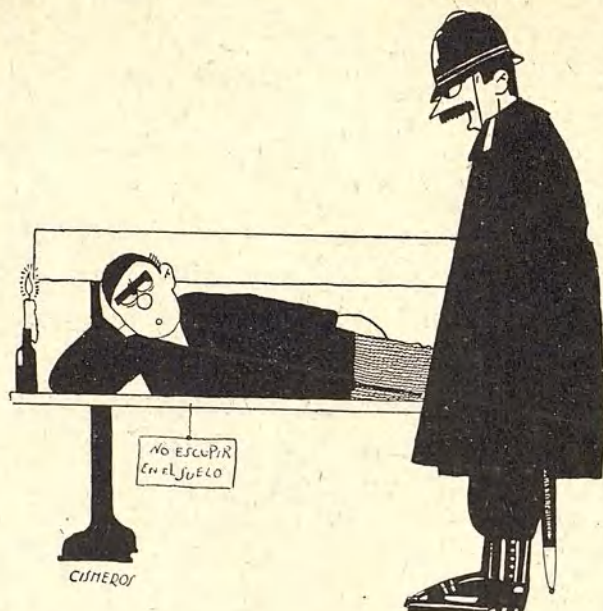
Un servidor, como otros muchos corazones sensibles, abrigaba el temor de que, a la supresión del juego, seguiría la invasión de la mendicidad callejera; creía yo que el afrancesado *baccara*, el complicado *treinta y cuarenta*, la vertiginosa *ruleta* y el higiénico *monte*, eran como otras tantas tajaderas que contenían el desbordamiento del torrente astroso de hampones y tullidos por las calles de la urbe. Y, a las veces, por generoso y propio impulso, deseoso de contribuir al sostén de la tajadera, deposité, íntegro, mi haber de periodista en las tenebrosas fauces de la insaciable *cagnotte*; quiere decirse — y se dice —, que *palmé* hasta la caspa.

Pero he aquí que un buen día, ¡zas!, surge el ministerial plumazo suprimiendo el juego. Automáticamente — nos dijimos — surgirán también los tullidos, los ciegos, los sarnosos, los cien mil pobres cuya invasión contenía el orejudo Jorge...

¡Craso error! Nada, no ha pasado nada. Esto ha sido una estafa. No hemos visto ni un llagado nuevo, ni siquiera un inválido en buen uso... Ni un pobre desconocido, palabra. Hemos saludado, sí, al pobre Rodríguez; hemos visto de lejos al pobre Fernández; pero no hemos atisbado, ni en broma, a un mendigo de los que — según se decía — sostenía y amparaba el vicio nacional.

Y, una de dos: o se nos engañaba antes, o se nos engaña ahora, ¡regarcía!

Y, para que no crean ustedes que hablamos a humo de pajas, sepan que hemos dedicado varios días a la busca y estudio de nuevos mendigos..., y hemos hallado los mismos, exactamente los mismos de siempre: los que ambulaban por Madrid antes del juego, cuando el juego y después del juego. Y como muestra de la observación que hemos desplegado, brindamos a los lectores de BUEN HUMOR uno de



Dib. CISNEROS. — Madrid.

- ¡Oiga, que no se puede dormir aquí!
- ¿Eh?...
- ¡¡Que no se puede dormir aquí!!
- Con esas voces, imposible; pero déjeme tranquilo, y ya verá.



Dib. CASTRO SORIANO. — Madrid.

- Oye, ¿tú sabes qué quiere decir habitación, con o sin?
- Pues querrá decir... con hache o sin ella.

los más famosos tipos de mendigos crónicos, conocido nuestro desde hace la friolera de doce años...

Ahí va.

En otra ocasión calificamos a este ciudadano con el nombre de *el padre de los ocho hijos que no crecen nunca*. El remoquete era de una justicia estricta. Este pedigüeño, de hongo y edad indefinibles, cerrada barbaza rojiza, cejas espesotas, ojuelos grises, mediana estatura y cavernosa voz, nos salía al paso cotidianamente, musitando a la manera vergonzante:

— ¡Caballero, tengo ocho hijos! ¡De nueve años el mayor!...

La primera vez no hubo de chocarnos. Es perfectamente posible tener ocho hijos y que el mayor tenga nueve años.

Eso depende de la velocidad... y de la relatividad, con permiso de Einstein.

Corrieron los meses; pasados doce, completóse el año, y otro tras él, y de nuevo tropezamos con el prolífico mendigo. Le vimos de lejos y experimentamos cierto sentimiento de curiosidad... En estos dos años — pensábamos mientras avanzaba el pobre — habrá sido muy capaz de tener cuatro hijos más nuestro incansable ciudadano... Llegamos hasta él, deseosos de que nos colocase el disco, y escuchamos...

— ¡Caballero, tengo ocho hijos...! ¡De nueve años el mayor!

— Pero, oiga usted, don sinvergüenza, ¿es que ese pajolero niño no crece nunca?

— Caballero..., no tome usted a chufra mi desgracia...

— Mi distinguido mendicante, ¡llama usted desgracia a la suerte de que los años pasen por su niño, como los rayos de sol por el cristal, sin romperle ni mancharle? ¡Si lleva usted dos años diciéndome que el mayor de sus hijos tiene nueve!

— ¡Ah, caballero! ¡Es que *diñáronla* los dos mayores..., ¡y como el más pequeño tenía siete!...

— ¡Su padre!... ¿Ha dicho usted que tenía siete?

— Siete, caballero, siete.

— ¡Pues que le zurzan, mi avisado campeón!

Y salimos de estampía, mien-



tras el barbudo pedigüño mascullaba unos reniegos alusivos a nuestra distinguida familia.

Hemos vuelto a verle. Han transcurrido doce años, y el hombre sigue obstinado en afirmar que tiene ocho hijos, de nueve años el mayor.

Y, una de dos: o los vástagos son de la tercera serie, o es que el muy sinvergüenza se ha plantado en ocho.

¡Y se ha pasado! Pero se ha pasado de vivo...

Así y todo, este tipo de mendigo es de una moralidad catoniana si le comparan ustedes con el de los ataques epilépticos, que el próximo domingo tendremos el gusto de presentarles...

FRANCISCO RAMOS DE CASTRO

## ALREDEDORES DE DON ABDÓN PLA

### EL ASCENSOR DE MI CASA

Yo subí una vez a mi casa en ascensor. Tendría yo unos veinte años escasos. ¡Qué gusto me dió subir! Me puse muy contento, y me decidí a poner en mis tarjetas:

DON ABDÓN PLA

Calle del Concejal don Bernabé Fernández del Portillo y Picatoste, 13.

Hay ascensor.

Ya sabía yo que se reirían de la tarjeta, tal y como yo me he reído tanto de tantas otras; pero ¿quiénes se reirían? Los envidiosos y nada más que los envidiosos, ¡qué caray!; mis pobres compañeros de oficina, que no habían traído del pueblo una ayuda para su vivir, y tenían que subir a pie sus centenares de escalones todos los días.

Pero el mismo día de hacerme la entrega de las cien tarjetas —recuerdo que eran cien—, un letrado escrito a mano, prendido al ascensor como una medalla, decía:

*No funciona.*

Hice un gesto, y subí a mi tercero B por los pies.

A los dos días el letrado era nuevo, aunque decía lo mismo. Es que estrenaban un cartelito impreso... ¡(Malol!...)

Y he aquí que en los sucesivos años de mi vida se repetía este hecho curioso: en el verano las moscas punteaban el cartelito como símbolo de la estación; en el otoño el cartelito amarilleaba y se abarquillaba a punto de chascarse; en el invierno caía al fin; en la primavera aparecía una nueva hoja flameante, tierna, blanca, puesto que se ha-



«EL GABINETE DEL DOCTOR CALIGARI», película cubista recientemente estrenada.

Apuntes tomados en un momento de enajenación mental, por BEBERIDE.

bían hecho cien; tantas como yo tarjetas...

Un día, al llegar yo a mi casa, sorprendí al portero que se metía en el ascensor. Salió en seguida, sabiendo mis deseos, y me invitó:

— Don Abdón, ¿quiere subir?

— ¡Ya lo creo! — contesté, corriendo hacia él y poniéndome bien el sombrero que se me caía con la velocidad.

El portero se metió conmigo, cerró y dió a los botones como si toda la vida lo hubiera estado haciendo. El aparato arrancó. ¡Qué emoción, qué vértigo en mi estómago! Pasó el entresuelo..., el principal..., el primero A..., el B..., el segundo A..., el B..., el tercero A..., el B...

— ¡Ehl... ¡Que es aquí! — le dije.

El portero sonrió, y dijo en su natural gallego:

— ¿Es que no lo comprende el señorito? Es que *lu llevamus* a la guardilla, *humbre*...

— ¡Ahl...

Un día me encontré en el portal con el inquilino del piso cuarto A. Hablamos de muchas cosas al pie de donde debiera estar el ascensor. Y él solía repetir lleno de tristeza:

— Créamelo usted, don Abdón: difícilmente se llenará este hueco.

Y no es que habláramos de su difunta esposa. — ABDÓN PLA.

El mecanógrafo

ANTONIO ROBLES





Dib. GALINDO. — Madrid.

— Oye, ¿por qué se pone tu papá gafas negras siempre que venimos al teatro?  
— Para poder dormir sin que lo noten los espectadores.

## ¿DECADENCIA TEATRAL?

Demasiado se ha escrito sobre este tema. En el ocaso del teatro de Muñoz Seca, y con la sorpresa del premio Nobel a D. Jacinto, cuyas obras apenas si se representan, la decadencia del glorioso teatro hispano parece un hecho.

Y no será porque el rendimiento que produzcan las obras buenas sea en estos tiempos inferior a los de Mari Castañeta.

Que auxiliados por el clásico velador interroguen al espíritu de Calderón de la Barca, y verán lo que es bueno. ¡Veinte mil duros *El alcalde de Zalamea*! ¡Ni veinte mil céntimos siquiera!

Les falta, en cambio, ahora a los autores un estímulo de orden moral. Algo que, sin ser pesetas, conmueva de alegría y colme de beneficios.

A falta de una varita mágica como la que Moisés utilizó en sus excursiones a la caza de la Tierra prometida, ¿no podrían ofrecer empresarios a escritores, en calidad de premio extraordinario, un tubo de pasta dentífrica Sanolán?

## CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

**BUEN HUMOR**

APARTADO 12.142

MADRID

Coyanza. Valencia de Don Juan. — Sin interés. Los chistes se aprovecharán.

Artagnan. Madrid. — Haga otras cosas, compañero. Estas de hoy valen poco.

F. G. O. Madrid. — No podemos publicar sus Epigramas.

Angel Belinchón, Emiliano Benavente, Antonino Pedraza, Francisco Moreno y Juan Antonio Castro, de la segunda compañía del batallón de Covadonga, núme-

No cabe la menor duda...  
Las imitan; pero en vano.  
¡Pastillas, las de la Viuda  
de Celestino Solano!

ro 40, en el Fondak (Tetuán), desean madrina de guerra.

Daniel Polo García, del Tercio de extranjeros de Sidi-Guariach (Melilla), también quiere madrina de guerra.

Ya lo saben ustedes, queridas lectoras. J. M. C., Tony, Ferriú y M. L. Madrid. — Bien podían ustedes aprender a dibujar antes de meterse en estos trotes.

Camacho. — Muy bien; pero los chistes son, o muy antiguos, o muy sosos.

Chaparrada. Bilbao. — Lo que manda usted para color es ancianísimo, amigo.

M. L. M. y M. Madrid. — Sus Enredos literarios no sirven para nada.

E. J. Madrid. — Su *Diálogo de Madrid* corre la misma suerte que el anterior.

O. R. Murcia. — Este señor quiere que

Por una tos maldecida  
está Joaquín que no vive.  
Sólo se puede curar  
tomando Jarabe Orive.

le honrremos con la publicación de su trabajo.

El trabajo son tres pliegos escritos por ambos lados, sin orden ninguno y con una preciosa ilustración a lápiz tinta!

¿Cómo se titula la obra?

¡¡ASTA el fin...!!

Inútil es decir que, sin leerlo, lo hemos echado al cesto.

De todos los originales artísticos recibidos en nuestra Redacción hasta el 30 de marzo, hemos admitido y rechazado los siguientes:

ADMITIDOS. — Cinco de Casteig; cuatro de Galindo y Muro; tres de Garrán, López Ruiz y Tatito; dos de Lámbarri y Martín y Viturro, y uno de Dolfos, Herrero, Ossorio, Sérvulo, Mendo, Rubio, Bobby, Bonastre, T. Muro, Mike, Zapata, Tarodo, Coronado, Ramoncho, Fukal, Miralles y López Rey.

RECHAZADOS. — Cinco de Xafayma y Meudona; tres de Godínez, O. de G., Li-mendoux, Valrive y Santillana; dos de Carnicero, Ubieta, Murillo, Bernedo, J. R. E. C., Julio, Sayma, Medina, Morán, Mesbaje, Ékirne, Adepé y R. Escacena; uno de Lab, Hermanos F., Pin 8, Japla, Manzano, F. López, M. Leal, Flor, A. González, Prico, Gobins, P. Rodríguez, Iriarte, Marcial, Serrano, Carranque, César, Costa, Hernando, Karabí, Plácido, Enrique, G. Ran, A. P. M., Angel, A. P., Hernani, Couto, Jomajo, Alero y M. G. R.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



# BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

### MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	10,40 —
Año (52 — ).....	20 —

### PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 — ).....	12,40 —
Año (52 — ).....	24 —

### EXTRANJERO

#### UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

### ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID

APARTADO 12.142



## Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN  
Gran Premio  
y  
Medallas de oro.

# BELLEZA

No dejarse engañar,  
y exijan siempre esta  
marca y nombre  
BELLEZA

**Depilatorio Belleza** Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.



**Loción Belleza** Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitoso perfume.

**Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas.**

A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

## CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.)

(Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

**TINTURAS WINTER** marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño oscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

**Polvos Belleza** Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

**DE VENTA** en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarrá. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139.  
FABRICANTES: Argenté, Hermanos. — BADALONA (España).



# BUEN HUMOR



- ¿Pero de *ande* venís tan guarros?  
— De la Olimpiada de Vallecás.  
— Pos anda, hijos, ¡parece que venís de la *ensuciada*!

Dib. BILBAO.-Madrid.